

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

LA HIJA DE LAS FLORES.

Gomez



8 rs.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID:

D. Juan Diaz de los Rios, *calle de Carretas.*



D. José Cuesta, *calle Carretas* 9.

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Anton, 26.
1859.



CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huésp[edes].
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco.:..
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Na[varra].
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el atordido.

LA HIJA DE LAS FLORES,

ó

TODOS ESTAN LOCOS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

LA EXCMA. SRA. DOÑA G. GOMEZ DE AVELLANEDA.

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ

en el Teatro del Príncipe el 21 de Octubre de 1852.

SEGUNDA EDICION.



N.º 193.

MADRID 1859.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, PELAYO, 26.

A mi querido amigo

DON JOSÉ ZORRILLA,

EN MEMORIA DE AFECTO Y DE FRATERNIDAD,

G. G. de Avellaneda.

PERSONAGES.	ACTORES.
FLORA.	DOÑA JOSEFA PALMA.
DOÑA INÉS DE POVAR.	DOÑA MANUELA RAMOS.
TOMASA, *jardinera*. . .	DOÑA MARIANA CHAFINO.
BEATRIZ, *nodriza de doña Inés*.	DOÑA CONC. SAMPELAYO.
EL CONDE DE MONDRAGON.	DON JULIAN ROMEA.
EL BARON DEL PINO, *padre de doña Inés*. . .	DON ANTONIO DE GUZMAN.
DON LUIS.	DON ANTONIO LOZANO.
JUAN, *marido de Tomasa*.	DON CALIXTO BOLDUN.
CRIADO 1.°	DON FERNANDO GUERRA.
CRIADO 2.°	DON GERÓNIMO GONZALEZ.

La escena pasa en una casa de campo de las inmediaciones de la ciudad de Valencia, y á corta distancia del mar.—Epoca para los trages, siglo presente, allá por los años de 10 á 20.

ACTO PRIMERO.

Jardin espacioso, con grupos de frondosos rosales y otros arbustos floridos. A la derecha del actor, fachada y puerta de una casa de campo: al fondo, una verja con puerta que da entrada al jardin: detrás de la verja, el campo: delante de la verja, casi en el centro, un poco hácia la izquierda, pero tambien en el foro, una pequeña glorieta ó cenador, cubierto de verdor. Dos bancos de piedra á derecha é izquierda del proscenio, y algunas sillas rústicas. Al levantarse el telon, aun es de noche; pero durante la primera escena comienzan á aparecer los albores matinales.

ESCENA PRIMERA.

TOMASA.—JUAN.

(*Saliendo ambos de la casa, por la derecha del actor.*)

TOMASA. ¡Ay Dios! Si aun es media noche!
¿A qué privarme del sueño
á tales horas?
JUAN. ¡Eh! pronto
va á amanecer, y en habiendo
este calor, no es la cama
sino un potro de tormento.
TOMASA. Para mí no: madrugar
sin motivo, sin objeto
plausible...
JUAN. Vaya! que tienes
fatal memoria; lo veo.
¿No es hoy diez y ocho de Junio?

TOMASA. ¿Y qué?
JUAN. Segun reza el pliego
recibido ayer, ¿no vienen
de aquesta finca los dueños
el diez y ocho consabido?
TOMASA. ¿Y qué?
JUAN. ¡Qué!... seis aposentos
mandan preparar: ¡es nada!
y hay que matar un borrego,
y los pavos, los capones...
y comprar pescado fresco
en el Cabañal...
TOMASA. ¡Pues! ¡claro!
Si te tomas tan á pecho
lo que no es de tu encumbencia!...
Somos aqui jardineros,
y nada mas.
JUAN. Yo no digo
que no, pero el amo mesmo
desque murió el tio Robles
(que Dios lo tenga en su reino),
de su propio puño y letra
me escribió en estos conceutos:
—«Juan, en tanto que decido
quien ha de ocupar su puesto,
tú harás en todo y por todo,
las veces del probe muerto.»—
De lo dicho acá, dos meses
van corridos, y de nuevo
nada ocurrió; con que ansí,
soy mayordomo de hecho.
TOMASA. ¡Pues! ¡oficio sin salario!
le place al amo; lo creo.
Como te ven un Juan lanas,
abusan.
JUAN. Que agusen; bueno:
el caso es que yo hablo gordo
y gozo todo el respeuto
de mayordomo. ¿No has visto
que á mí mismo, á Juan Cantueso,
vuelve á escrebirle nuestro amo,
y con letrones tan gruesos?
(Saca un papel.)

Aquí está claro lo dice:
A Juan Cantu...

TOMASA. (*Quitándole la carta.*)
Deja eso:
Ni tu nombre leer sabes.

JUAN. Es que está oscuro en efeto;
mas si enciendes un cerillo,
ya verás.

TOMASA. Sí que lo enciendo:
(*Lo hace entrando un instante en la casa.*)
para ver si es hoy el dia
señalado, pues yo pienso
que no hay tal.

JUAN. ¿Cómo que no?
Hoy diez y ocho...

TOMASA. Lo veremos.

JUAN. El aire azota la luz.

TOMASA. Pon á este lado el sombrero
para resguardarla: así!
y aprende como yo leo.
(*Leyendo.*)
«Buen Juan, tu antigüedad en mi servicio, y las otras circunstancias que te recomiendan, merecen la preferencia que hago de tí, para anunciarte que mi hija y yo hemos determinado pasar algunas semanas en esa casa de campo, donde almorzaremos, si Dios quiere, mañana diez y ocho de Junio.»—

JUAN. ¿Ves?

TOMASA. ¡Qué antojo repentino!

JUAN. ¡Qué hemos de hacer!... lo tuvieron.

TOMASA. (*Que continúa leyendo.*)
—«Acaso antes que nosotros, llegarán mi amigo el conde de Mondragon y su sobrino don Luis...
(*Representando.*)
Con que ¿tambien convidados?

JUAN. Y convidados de asiento;
que estarán, allí lo dice,
con los amos todo el tiempo
que pasen en esta casa...

TOMASA. Pues, señor, ¡yo me divierto!
¡Tanta gente á que atender,

(*Apaga la luz.*)
sin mas criada que el trastuelo
de Blasa, que es tan inútil,
tan holgazana!...

JUAN. Pacencia.
El amo...

TOMASA. El amo es un viejo
insufrible, estrafalario.
Ha seis años por adviento
que pisó aquellos humbrales
la vez postrera.

JUAN. Es muy cierto:
un dia estuvo, y no mas.

TOMASA. Como es la corte su anhelo,
allá se fué desde entonces
hasta hace poco, que ha vuelto
á Valencia, y segun dicen
mas maniático y mas terco
que nunca.

JUAN. Vamos, Tomasa,
recuerda que el pan comemos
en su casa, y no te pongas
á murmurar sus defetos.
Cada uno cual Dios lo hizo.

TOMASA. De lo que mas me sorprendo,
es de que venga su hija.

JUAN. Por conocerla me huelgo.

TOMASA. Yo, de moza, tuve entrada
en aquel semi-convento
de su tia.

JUAN. En paz descanse.

TOMASA. Como hay algun parentesco
entre Beatriz su nodriza
y mi padre, el privilegio
de visitarla alcanzaba,
y en verdad que era un portento
de hermosura por entonces
doña Inés: no sé si luego...

JUAN. Bah! de aquel tiempo al presente,
veinte años hay de por medio.

TOMASA. Puede ser; pues no soñaba
siquiera en mi casamiento.
Dime, ¿vendrá la Beatriz

con doña Inés?

JUAN. Volveremos
á ver la carta.
(*La saca.*)

TOMASA. No, hombre!
Si Beatriz viene, me alegro
del antojo del Baron:
llegue en buen hora.

JUAN. Tu afeuto
por ella es justo: no hay cosa
mas natural.

TOMASA. (*Con ironía.*)
¡Por supuesto!
¡Como se porta tan bien!
Ya ves, no rompe el silencio
que guarda vá para un año;
y aun hace mas no merezco
que de memoria en señal
me haya mandado un pañuelo,
una cinta, un alfiler...
¡Venga! ¡venga! Yo prometo
que me ha de hallar una cara,
que quiera ó no, le dé miedo.

JUAN. Mujer, pues no haces justicia;
que á la Beatriz le debemos
el estar doce años hace
en posicion del empleo
que nos dá el pan.

TOMASA. Me parece
que no estábamos hambrientos
allá en casa del Marqués
cuidando su hermoso huerto,
cuando el Baron nos llamó,
de la nodriza el empeño,
para darte plaza igual
á la que dejabas.

JUAN. Niego
la igualdad, que gano aquí
el doble, y á mas campeo
por mi respeuto en la casa.

TOMASA. Y á no ser por mis aumentos
¿hubiera yo á Castellon
dejado? No; ni por pienso.

El Marqués era un buen amo:
¡y qué jardines aquellos!

JUAN. Allá pasamos, Tomasa,
los dulces años primeros
de casados.

TOMASA. Sí, buen Juan.

JUAN. Y allá tambien nos dió el cielo
á nuestra querida Flora.

TOMASA. No poco se lo agradezco:
ya que me niega hijos propios...

JUAN. Un milagro en favor nuestro
quiso hacer.

TOMASA. Gracias le rindo.

JUAN. Pues y yo! Yo que la quiero
mas que á mi alma!...

TOMASA. Y le hace daño
de ese cariño el esceso.

JUAN. ¿Daño?

TOMASA. No poco: tu primo,
que hoy logra ser nada menos
que capitan de un buen buque
mercante, con mas dinero
que un judío, y con mas años
que...

JUAN. De ese asunto no hablemos,
mujer! Me tiemblan las carnes,
¿qué digo carnes? los güesos,
al recordar que has querido
entregarle mi embeleso
á un estraño.

TOMASA. A un viejo rico,
solteron sin heredero,
y pariente tuyo.

JUAN. Calla!

TOMASA. Quiere tener el consuelo
de prohijar á una jóven
honrada...

JUAN. Yo no me meto
en lo que él quiera.

TOMASA. Egoista!
¿No ve tu cariño ciego
lo mucho que gana Flora
si, segun promete hacerlo,

tu anciano primo la adopta,
y cuando muera...

JUAN. Acabemos.
¿Quisieras tú que mi niña,
revuelta con marineros,
corriese por esos mundos
siempre al capricho del viento?

TOMASA. A Méjico va Beltran,
y este es su viaje postrero.
Bien sabes piensa fijarse
en aquel tan rico suelo,
donde ya tiene una casa,
y tierras, y...

JUAN. Buen provecho.

TOMASA. Si adopta por hija á Flora
como anhela...

JUAN. No consiento.

TOMASA. Pues le impides su ventura.

JUAN. ¡Llevársela allá, tan lejos!
¡No quiero, no! ¡Voto á cribas!

TOMASA. Conque ¿no cedes?

JUAN. No cedo.

TOMASA. ¿No me das gusto?

JUAN. No doy.

TOMASA. *(Con enojo.)*
¿Te revelas?

JUAN. Me revelo.

TOMASA. Haces bien: cumple tu gusto.

JUAN. Alguna vez...

TOMASA. Ya ni espero
ver á Beltran, pues mohino,
de murria y de enojo lleno
por tu tenaz negativa,
nos dejó ayer.

JUAN. ¿Qué remedio?

TOMASA. Mañana se da á la vela
la *Tisbé*.

JUAN. ¿Sí? Le deseo
feliz viaje.

TOMASA. Y por ser tú
tan obstinado y tan necio,
pierde la niña un buen padre
que la deparaba el cielo.

JUAN. Sin padres vino á este mundo,
y se pasará sin ellos.
TOMASA. Corriente: pero cuidado
con la lengua!... Te lo advierto.
No hay que hablar con los señores
de Flora, ni del misterio
de su orígen.
JUAN. ¿Por qué causa?
TOMASA. Primera, porque lo ordeno.
JUAN. Ya!
TOMASA. Segunda, porque á nadie
le interesa aquel secreto;
y tercera, porque basta
para callar un suceso
saber que aunque lo oigan muchos
ninguno habrá de creerlo.
JUAN. ¡Eso sí! que es tan estraña
la cosa... pero ¿qué debo
responder si ven á Flora
y me preguntan?
TOMASA. ¡Mostrenco!
Respondes que es hija tuya
y hete aquí que acaba el cuento.
Ademas, pueden no verla:
bien sabes cuál es su génio
y cómo huye de las gentes.
JUAN. Las flores son su universo.
TOMASA. Desde que viste aquel traje
tan rico y tan pintoresco,
que hace que al verla se rian
pescadores y labriegos,
le agrada mas andar sola,
y yo misma apenas puedo
echarla la vista encima.
¡Oh! no sabes lo que peno
con la tal niña! Es muy mona,
tiene donaire, despejo,
buen corazon; mas carácter
tan caprichoso y travieso
no es posible.
JUAN. Vida mia!
al verla me pongo lelo.
¡Es tan relinda!

TOMASA. Y tú eres
tan padrote!
JUAN. Lo confieso.
TOMASA. Me la pierdes con tus mimos,
y te gastas el dinero
por adornarla á su antojo.
En fin, ya va amaneciendo.
Despertar á los criados.
Lo que es ella, ten por cierto
que ya no estará en la cama.
Por mas que grito y pateo,
no consigo que la aurora
le halle jamás bajo techo.
JUAN. Bueno es que madrugue.
TOMASA. En cambio
aun estará como un leño
la posma de Blasa.
JUAN. Escucha...
debe haber alguien dispierto:
allá en la casa oigo ruido.
TOMASA. (*Prestando atencion.*)
Sí que lo hay, mas no es adentro.
Juan! me parece galope
de caballos.
JUAN. (*Acercándose á la verja.*)
Con efecto.
Está ya claro, y distingo...
no hay duda... dos caballeros
seguidos de sus lacayos...
Uno tordo y otro negro
son los caballos... ven! mira.
TOMASA. ¿Serán el Conde y su deudo?
Ay Dios! tan de madrugada
se nos vienen!...
JUAN. Dicho y hecho.
Se paran ante la verja...
echan pié á tierra...
TOMASA. Abre presto.
JUAN. (*Abriendo.*)
¡Qué guapo mozo es el uno!
TOMASA. El otro tampoco es feo.
Aquí están.

ESCENA II.

Los mismos.—EL CONDE.—DON LUIS.

CONDE. Hola! ya hay gente
levantada?
JUAN. (*Haciendo reverencias exageradas.*)
El jardinero...
servidor...
CONDE. Cúbrete, amigo.
JUAN. Yo!...
CONDE. Cúbrete! Hace fresco.
JUAN. (*Siempre haciendo cortesias.*)
Mas en presencia de Usía...
TOMASA. Obedece, hombre!
JUAN. (*Calándose el sombrero.*)
Obedezco.
Esta es mi mujer Tomasa,
y yo soy Juan.
CONDE. Lo celebro.
TOMASA. Dispongan sus señorias
lo que gusten.
JUAN. Los dos semos,
uno solo á su servicio.
CONDE. Para descansar dos lechos,
y agua que nos limpie el polvo,
es todo lo que queremos.
TOMASA. Haré preparar las camas
y los baños al momento.
JUAN. Aqui hay de todo. Nuestro amo,
aunque muy poco lo vemos,
se ha gastado un dineral
en esta finca. Paseos,
jardines, fuentes, y...
(*A Tomasa.*)
Dime,
¿cómo llaman á los muñecos
de piedra?
TOMASA. Estátuas.
JUAN. (*Al Conde.*)
Y estuatuas...

de todo hay.
CONDE. Sí, ya estoy viendo
parte de aquesos primores
en este verjel ameno.
TOMASA. Si gustan de entrar...
CONDE. La aurora
despunta hermosa: el arreglo
dispon de camas y baños,
que el aviso esperaremos aquí.
TOMASA. Todo por mí misma
va á ser al punto dispuesto.
(Saluda y se vá.)
JUAN. Si me dan su permision
tambien con ella me ausento.
CONDE. Ve con Dios.
JUAN. *(Repitiendo sus cortesias.)*
El guarde á Usía...
y al otro Usía...
(Aparte al irse.)
¡Ese almuerzo!

ESCENA III.

CONDE.—LUIS.

(El primero se acerca al segundo, que está apoyado en un banco del jardin, con aire pensativo.)

CONDE. Alza esa frente! alegría!
¿Qué es lo que así te entristece
cuando sereno amanece
de tu boda el fausto dia?
LUIS. En silencio me despido
de la dulce libertad.
CONDE. Por servir á una deidad
tan bella, cual es Cupido,
se renuncia sin dolor
á esa libertad... tan sosa.
LUIS. Mas dejarla es triste cosa
cuando no se siente amor.
CONDE. Ya vendrá, que no es Inés
dama de mérito escaso.

LUIS. El hecho es que yo me caso
cuando cumplo ventitres
años, y ella en los cuarenta
está frisando.

CONDE. No hay tal.
Treinta y seis tiene.

LUIS. Es igual;
(*Paseándose agitado.*)
en fin, no ajusto la cuenta
de la edad de mi futura;
pues la boda á usted le agrada
y la tiene concertada,
se hará.

CONDE. Luis! por tu ventura
es todo el anhelo mio:
consejos mi amor te dió,
mas nunca pretendí, no,
forzar tu libre albedrio.
Si á cabo este enlace llevo,
es porque tú has consentido.

LUIS. Al que por padre he tenido,
en todo complacer debo.

CONDE. Tu madre, mi buena hermana,
al pasar á mejor vida
me fió la prenda querida
de su ternura, y me afana
miedo pueril de que sea
mi destino contajioso,
y nunca padre ni esposo,
feliz y honrado te vea.
Esto esplica el ansia mia
por darte familia, hogar...
¡no quiero verte llegar
solitario á vejez fria;
pues sé por propia esperiencia
que en maduro solteron
no hay gozoso corazon,
ni acaso pura conciencia!

LUIS. ¿Y solo en Inés pudiera
hallar yo esposa? ¿Se funda
en que ella dé la coyunda
mi felicidad primera?

CONDE. Sabes la estrecha amistad

que con su padre me unia;
á tu Inés no conocia,
y hasta ignoraba su edad.
Por recato, ó por capricho,
nunca á Madrid quiso ir:
parece que ama el vivir
solitaria.

Luis. Me lo han dicho.
En Valencia, en donde mora
por lo comun, pocos son
los que la han visto.

Conde. El Baron,
que aunque dice que la adora,
casi siempre ha residido
en la córte, lejos de ella,
lloraba el verla doncella
y quiso darla un marido.
Como es en todo estremoso,
aquel enlace de su hija
llegó á hacerse idea fija
en él, y á fuer de temoso,
allá en su nimia conciencia
casi se forjó un deber
de no dejar en mujer
celibataria su herencia.
Hablóme de esta mania
mas de una vez, y entendí
que yerno buscaba en mí,
aunque no me lo decia.

Luis. Y puesto en trance cruel,
dijo usted, tengo un sobrino.

Conde. Pensando darle destino
brillante, y muy digno de él.
Unica y noble heredera
es doña Inés, su recato
ponderaban, y un retrato
me mostró ser hechicera.
Quise, pues, tan buen partido
aprovechar para tí;
sanos consejos te dí,
y tú luego has decidido.

Luis. Viendo en usted tanto empeño,
tanto afan...

CONDE. Era muy justo.
LUIS. Ya quise darle á usted gusto.
CONDE. ¡Mostrando luego ese ceño!
LUIS. Ya ha visto usted que obediente
dí á Madrid mi despedida,
la novia desconocida
corriendo á ver impaciente.
CONDE. Sí, mas apenas llegamos
á Valencia, y conociste
á Inés, te ostentas tan triste,
tan sombrío...
LUIS. ¡Ah! pues tocamos
ese punto, ¿no es bastante
que escuchando cuanto escucho,
los enojos con que lucho
solo revele el semblante?
Bien sabe usted que la dama
cede del padre al teson;
que muy alto su aversion
por este enlace proclama;
y casarme sin amor
con quien me muestra desvio...
CONDE. Te adorará, yo lo fio,
al conocerte mejor.
No es posible anhelo amante
en los que apenas se han visto.
LUIS. Lo que es yo, si un siglo existo
y la veo á cada instante,
de no amarla estoy seguro.
CONDE. Bah! pensára quien te oyera
que vas á unirte á una fiera.
LUIS. No he dicho...
CONDE. Pues yo te juro...
LUIS. (*Interrumpiéndole con viveza.*)
No hablemos mas; por merced!
CONDE. Me agrada mas que otra alguna.
LUIS. Pues teniendo esa fortuna,
¿por qué no se casa usted?
CONDE. Yo?
LUIS. Sí, señor.
CONDE. Qué locura!
LUIS. Locura?
CONDE. Delito fuera

que yo pensára siquiera...

LUIS. Labrára usted su ventura,
y yo no alcanzo el por qué
fuera delito.

CONDE. Yo sí.

LUIS. Piensa usted?....

CONDE. (*Poniéndose una mano sobre el corazon.*)
Siento que aquí
no hay ya entusiasmo ni fé.
Al placer por tiempo largo
vendí mi alma enardecida,
y hoy la copa de mi vida
solo guarda el dejo amargo.
En tí tengo un heredero
que es cuanto puedo anhelar;
¿para qué me he de casar
si dicha ni amor no espero?

LUIS. (*Con ironía.*)
Lo que es yo la aguardo inmensa:
no habrá otra que se le iguale.
Oh! sobre todo si sale
verdad lo que el vulgo piensa.

CONDE. El vulgo?

LUIS. De él ha nacido
sin duda, Conde, el rumor...

CONDE. Rumor dices?

LUIS. Sí, señor.
Qué! ¿no ha llegado á su oido?

CONDE. No por cierto; no sé nada.

LUIS. Pues bien circula el tal cuento!

CONDE. De tu novia en detrimento?....

LUIS. No es por nadie vulnerada
su virtud.

CONDE. Pues, qué se dice?

LUIS. Que si el Baron adolece
de estravagancia, aun parece
ser la hija mas infelice.

CONDE. No comprendo.

LUIS. Se asegura
(*Acercándose al Conde.*)
muy bajito lo diré.

CONDE. Qué se asegura? dí! qué?

LUIS. Que está loca mi futura.

CONDE. Loca Inés!
LUIS. Será mentira,
mas harto cunde en Valencia.
CONDE. Es posible?
LUIS. En mi presencia
se ha dicho.
CONDE. Mucho me admira
que hasta hoy me lo hayas callado.
LUIS. Estando ya en compromiso
tan grave como usted quiso,
¿qué hubiera, Conde, ganado
con decirlo?
CONDE. (*Con viveza.*)
Ante el altar
que estuvieras, no era tarde.
LUIS. (*Con hipocresía.*)
Yo no acojo ¡Dios me guarde!
una calumnia.
CONDE. Observar,
aunque la tal voz no creo,
por ella ya prevenido
á Inés hubiera podido.
LUIS. (*Con ironía.*)
Pues hoy me impone himeneo
su yugo, tiempo sobrado
para saber la verdad
de si es loca mi mitad
tendré despues de casado.
CONDE. Oh! No tal! Como yo advierta
algun indicio el mas leve...
¡Voto á sanes! ¿Quién se atreve
en tal duda...
LUIS. Falsa ó cierta
salga la voz, yo me caso:
mi palabra está empeñada!
CONDE. Pero nada obliga, nada,
si fuera tan grave el caso.
LUIS. Por todo quiero arrostrar.
CONDE. ¡Qué delirio! No consiento...
LUIS. (*Con tono trágico.*)
¡Pronunciaré el juramento!
CONDE. Si es loca...
LUIS. La haré encerrar.

CONDE. Silencio! que aqui está el tonto
del jardinero.

ESCENA IV.

Los mismos.—JUAN.

JUAN. (*Haciendo cortesías.*)
Usirias...
CONDE. (*Con mal humor.*)
Ya basta de cortesías.
JUAN. Vengo á decir que está pronto
todo: cuartos, camas, baños...
si gustan...
CONDE. (*A Luis.*)
Vamos adentro.
LUIS. Perfectamente me encuentro:
no estoy cansado.
CONDE. A tus años
tampoco yo lo estaria.
LUIS. Descanse usted: yo prefiero
gozar del albor primero
que esparce el naciente dia.
CONDE. Pues hasta luego.
LUIS. En buen hora.
CONDE. Contando ya doble veinte,
solo en mi lecho caliente
amo el frescor de la aurora.
LUIS. Que alcance usted largo sueño.
JUAN. (*Señalando al Conde la entrada de la casa.*)
Por aquí.
CONDE. Sirve de guia.
JUAN. ¡Delante yo de usiria!
CONDE. (*Impaciente.*)
Pasa, hombre!
JUAN. ¡No! Vano empeño:
no soy tan palurdo yo.
CONDE. ¡Si no conozco la casa!
JUAN. El servidor nunca pasa
antes que el amo.
CONDE. Si...

JUAN. (*Con fuerza.*) ¡No!
¡No paso!
CONDE. (*Impaciente.*)
Pero...
JUAN. No hay peros...
corteses semos aquí.
CONDE. (*Entrando.*)
¡Que el diablo te lleve!
JUAN. ¡Ansi!
(*Sigue al Conde.*)
Siempre el primero, primero.

ESCENA V.

LUIS.—*Despues* FLORA.

LUIS. Pues señor, si ello ha de ser,
vale mas que aquí se pase
el mal trago: que me case
do pocos lo puedan ver.
Le agradezco á mi futura
pusiese por condicion
que en aquesta posesion
se inaugure mi ventura.
(*Se sienta en el banco de la derecha.*)
Mi ventura!... ¡ay Dios!... ¡paciencia!
¿Hay bien, hay dicha en el mundo?
Todo es amargo é inmundo
en esta infausta existencia!
FLORA. (*Cantando dentro de la glorieta.*)
Bella es la vida,
bella es la flor,
pues de ambas cuida
su escelso autor.
Mas es preciso
que haya en las dos,
pues Dios lo quiso,
sin duda alguna
lo quiso Dios,
perfume en la una
y en la otra amor.
Lo quiso Dios!

Lo quiso Dios!

LUIS. *(Levantándose.)*
Cielos, ¿qué voz peregrina
responde á mi pensamiento?...
¿Es de un querube el acento?...
(*Flora aparece en el jardin saliendo de la glorieta, con traje caprichoso y pintoresco, y sin reparar en Luis, acaricia y habla á las flores.*)
¡Ah! ¡qué aparicion divina!

FLORA. ¿Por qué, violeta, por qué te escondes,
visible solo del aire vago,
cuando á buscarte con dulce halago,
al par venimos el alba y yo?
Ella te ofrece sus ricas perlas,
y yo por trono mi pecho amante,
do viento, lluvia, ó insecto errante,
no podrán nunca dañarte, no.
¡Ven á mí!
(*La arranca del tallo.*)
Frágil, cual tú, y modesta,
tambien yo tengo secreto asilo,
en donde pueda latir tranquilo,
y alegre siempre mi corazon!
Sobre él descansa, y en torno cunda
tu hálito puro, que el aura bebe,
y ella en sus alas al par se lleve
de aquestos besos el dulce son.
(*La besa.*)

LUIS. ¡Qué voz! ¡qué gracia! ¡Imposible
imaginar cosa igual!
¡Este es un ser ideal!
¡Tiene un encanto indecible!

FLORA. ¡Rosa!
¡Qué orgullosa!
¡qué guardada estás!
Finas
tus espinas
me han herido ya!
Si porque eres bella
te muestras tan vana,
yo, siendo tu hermana,
soberbia no soy:
y es mas que tú fresca

mi boca riënte,
que lo ví en la fuente
de los sauces hoy.
¡Cede!
Que así puede
te perdone yo,
hora,
que la aurora
nos rie á las dos.
(*Coje una rosa.*)

Luis. Yo saldré de este jardin
pagano, creyendo en Flora,
y en las ninfas, y en la Aurora,
y en todo el Olimpo en fin.

Flora. ¡Oh blanca azucena! no esperes
del sol la caricia traidora:
te deja marchita, inodora,
y él sigue su marcha triunfal!
Mas es como el alba, apacible
y blando mi amor, que te llama:
tu aroma en mi seno derrama,
que es puro, cual tú, y virginal.
(*Se adelanta al proscenio con las flores en la mano.*)

Luis. ¡Se adelanta! ¡viene aquí!
temblor el gozo me dá.

Flora. (*Sin ver á Luis.*)
Violeta, rosa, azucena,
juntitas habeis de estar,
que forman bello conjunto
candor, modestia y beldad.

Luis. (*Acercándose á ella.*)
Solo en ti tantos hechizos
se hallan, mujer celestial!
(*Flora dá un grito y huye por la izquierda, dejando caer las flores.*)
¡Tente! si no eres del alba
una emanacion fugaz...
¡Despareció!... ¿Será un sueño
todo esto?... no, que aquí están
sus flores. (*Las recoge.*)
¡Flores preciosas
que vi á sus lábios tocar,

y que imitan la frescura
de aquella angélica faz!
(Las besa tambien.)

FLORA. *(Que aparece otra vez por el fondo, recatándose.)*
¡Ay qué susto!... ¿se habrá ido?...
No por cierto. ¿Quién será?
Sin ser vista quiero verle,
de estos rosales detrás.
(Se coloca detrás de un grupo de rosales, y asoma la cabeza por entre su florido ramaje.)

LUIS. ¡Rosa, azucena, violeta!
No me dejareis jamás.
(Vuelve á besarlas.)

FLORA. ¡Besa mis flores!... ¡nos ama!
Siendo así no temo ya.

LUIS. En mi pecho os deposito.

FLORA. ¡Qué bueno es, y qué galan!
¡Violeta, azucena, rosa,
una compañera os vá!
(Se quita del cabello una hermosa flor de lis y se la arroja á Luis.)

LUIS. Cielos!... esta flor!.. es de ella!
(La coje.)
La ví en ella! ¿Dónde estás
tú, que el alma me has robado,
ángel, silfida, ó mortal?

FLORA. Te escucho.

LUIS. Ah! sí, ya te veo!
¿quién eres? di por piedad!

FLORA. Soy Flora.

LUIS. *(Sorprendido.)*
Flora!

FLORA. Y te amo.

LUIS. *(Con asombro.)*
Me amas?

FLORA. ¿Pues no te he de amar,
si miro cuánto nos quieres,
y qué de besos nos das?

LUIS. ¿A quién?

FLORA. ¿Qué duda? A nosotras.
De tu cariño en señal
¿no nos guardas en tu seno
con tan solícito afan?

LUIS. Pero... ¿eres mujer... ó flor?...
FLORA. Mujer y flor ¿no es igual?
Mujer me dicen que soy,
y yo siento sin cesar
que soy flor.
LUIS. (*Acercándose á los rosales, entre los cuales permanece Flora.*)
Flor de los cielos,
pues no eres tú terrenal,
y hermosura que te iguale
nunca en el mundo verás.
FLORA. Te veo á tí, que me escedes.
Jamás llegué á imaginar
que un hombre hubiese en la tierra
tan diferente de Juan,
Pedro, Pablo, Diego, Antonio,
Benito, Ignacio y Tomás,
que son los que he conocido.
Cuando en el puro cristal
me miraba de las fuentes,
cual piensas llegué á pensar,
que era yo lo mas hermoso
del mundo; pero no hay tal!
¿Ves como es bella en oriente
la luz que creciendo vá?
Pues resplandecen tus ojos
con mas grata claridad!
¿Ves cuán lindas son las flores,
de la vista dulce iman?
Pues tú mas que ellas me agradas...
Sí! mas que ellas!... mucho mas!
LUIS. Ah! pues deja que á tus piés...
(*Ella desaparece entre las flores, al caer Luis á sus plantas.*)
Flora!... Flora!... voto á!...
volvió á escaparse!... no hay duda!...
¿Pero adónde, dónde irás
que yo no te encuentre, seas
flor, mujer, duende ó deidad?
(*Va á salir y se encuentra con Juan.*)

ESCENA VI.

LUIS.—JUAN.

JUAN. Pues Usía no se acuesta,
bueno le fuera almorzar:
dempues podrá descansar:
la mesa tengo dispuesta.
LUIS. ¡Buen hombre! ¡dime por Dios!
¿qué mujer habita aquí?
JUAN. Tomasa.
LUIS. No es ella.
JUAN. ¡Sí!
aquí habitamos los dos.
LUIS. Pero habrá en las cercanías
dama que aquí tenga entrada.
JUAN. Tomasa la jorobada
venir suele algunos dias
del Cabañal, y la Bruna
que es agüela de la Blasa
que sirve ha tiempo en la casa.
LUIS. ¿Y qué otra?
JUAN. ¡Qué otra!... ninguna!
LUIS. Pues si hace solo un instante
que en este sitio otra he visto,
y estoy loco.
JUAN. ¡Jesucristo!
¡loco!
LUIS. Sí, Juan, delirante:
de entre esas flores brotó
la aparicion seductora...
JUAN. De entre esas flores?
LUIS. Y Flora
el nombre fué que se dió.
JUAN. ¡Ah!!
LUIS. ¿La conoces?
JUAN. (*Con misterio.*)
¡Es ella!
LUIS. ¿Quién es ella?
JUAN. Flora.
LUIS. Juan!

no te burles de mi afan!
¿quién es?

JUAN. Es... una doncella.

LUIS. Sin duda, noble ha nacido.

JUAN. Chist!... no hablar de nacimiento.
(*Mirando con recelo alrededor.*)

LUIS. ¿Por qué razon?

JUAN. Yo no miento,
y Tomasa ha prohibido
que se diga la verdad.

LUIS. ¡La verdad!

JUAN. Como es la cosa,
tan rara y tan milagrosa...
¡No quiero hablar!...

LUIS. ¡Por piedad!

JUAN. ¡Tiene un génio mi mujer
mas malo! ¡mas vengativo!
y yo como esclavo vivo!

LUIS. Pero ¿qué puedes temer
por decirme...

JUAN. ¡Chist! parece
que oigo pasos.

LUIS. No, no es nada.

JUAN. ¿Si atisbará recatada
Tomasa?... ¡Ay Dios! me estremece
esa duda.

LUIS. Nadie escucha:
hablar puedes sin temor.

JUAN. Voy á hablar, pues, si señor...
pero es imprudencia mucha;
porque si Tomasa llega
á saber que se lo he dicho...
¡Es mi mujer muy mal vicho!
cuando se atufa me pega.

LUIS. (*Impaciente.*)
No temas, no.

JUAN. Pues decia,
que en cuanto á lo de nacer,
no le puedo responder
ni bueno ni malo á Usía.
Flora, hablando sin primores,
¿quién puede decir nació?

LUIS. ¿Pues no lo sabes tú?

JUAN. No.
LUIS. ¿No tiene madre?
JUAN. Las flores.
LUIS. ¿Las flores?
JUAN. ¡Pues! yo me fundo:
téngalo por cosa fija;
si de las flores no es hija,
sin padres vino á este mundo.
LUIS. ¡Esplícate, hombre!
JUAN. Sí haré;
contando con el secreto.
LUIS. Perdurable lo prometo.
JUAN. ¿Y no oye nadie?
LUIS. No á fé.
JUAN. Digo pues, que el mes pasado
diez y seis años cumplieron...
¿Diez y seis?... ¡justos!... me dieron
la plaza recien casado.
Supongo que ya sabrá
que á cierto Marqués servia
por entonces.
LUIS. No sabia...
JUAN. Pues yo se lo advierto ya.
En Castellon jardinero
era del dicho Marqués,
pero cuatro años despues
de casado, un heredero
como dicen, no lograba,
porque es Tomasa esteríl.
LUIS. ¡Hombre! ¡Abrevia por dos mil
santos!
JUAN. Yo á ellos les rogaba
que me alcanzasen consuelo,
pues di en andar caviloso
por aquello, y vergonzoso,
siempre entre murria y desvelo.
LUIS. ¡Adelante!
JUAN. Pues señor,
el dia último de mayo,
cuando aun no se veia un rayo
de luz, con solo el albor
primero, me levanté
tan triste como solia...

Mi mujer largo dormia,
mas yo siempre madrugué.

LUIS. Prosigue!

JUAN. Mi regadera
tomo en la mano y me voy,
¡tal parece que fué hoy!
á mi obligacion primera.
Pero esplicar no sabré
cuál fué mi gozo, mi encanto,
cuando encontré, cielo santo,
lo que anhelaba...

LUIS. Qué?

JUAN. Qué!
allá en mi propio jardin,
que durmió muy bien cerrado,
entre flores rebujado
al mas lindo serafin.

LUIS. A Flora?

JUAN. Sin mas pañales
que nardos, dálias, claveles,
y bajo frescos doseles
de dos copudos rosales;
que estrechan por cobijarla
sus ramas entretejidas,
doblando las mas floridas
como queriendo besarla.
Mas tan menudo rocío
filtraban en su carita,
que la encontré cuajadita....

LUIS. Y tiritando de frio?

JUAN. ¡Cá! ¡no señor! parecia
que aquel era su elemento
como quien dice. Al momento
la tomé en brazos: creia
casi, casi estar demente:
pero el caso es que pensando
en el cómo y en el cuándo
la pusieron, de repente
descubro, señor don Luis,
que tiene la criatura
en tal parte, la figura
(*Señalándose un hombro.*)
de una hermosa flor de lis.

Luis. ¡Qué escucho!

Juan. Cual la produce
la planta que allí vé usía.
¿Con esto quién dudaria?...
Bien la verdad se diduce:
y ansi Tomasa bien hizo,
lo dije entonces y ahora,
en que con nombre de Flora
la trujesen del bautizo.
Yo en el prencipio pensaba
que era un ángel simplemente,
que Dios, mirando clemente
mis pesares, me enviaba;
pero observando mejor
muy claro he visto despues,
que no hay duda, que ella es
revuelta de ángel y flor.

Luis. ¡Relato estraño!

Juan. Al mirar
mi duelo por no haber hijo,
Dios á las flores les dijo:
—«Os toca á vosotras dar,
pues tanto siempre os amó
y hoy le veis tan pesaroso,
en un fruto milagroso,
el bien que á mí me pidió.»—

Luis. Conque, Flora... ¡qué misterio!

Juan. (*Haciendo ademan de indicar la corta estatura de la niña.*)
Tamañita ansi, sabia
que de flores procedia:
no, no hay aquí gatuperio!

Luis. Pero las flores...

Juan. No dude.
Sus madres son: sin falencia.

Luis. El pensar eso es demencia.

Juan. No hará que de opinion mude:
lo que pienso pensaré.

Luis. Cuanto te escucho me asombra.

Juan. *Ella,* cuando á *ellas* las nombra,
dice nosotras.

Luis. Lo sé.

Juan. De muy pequeña dormia

como en regazo materno
en el jardin, y en invierno
cuando él sus galas perdia,
quedaba ella sin colores,
mústia, blanca cual marfil;
pero en llegando el abril
retoñaba con las flores.

LUIS. La historia es estraordinaria!

JUAN. Aquí, como en Castellon,
las flores su mundo son;
porque vive solitaria.

LUIS. Pero...

JUAN. Es cosa lo que existe
entre ellas tal, que enfermó
Flora una vez, y quedó
todo el jardin mústio y triste.

LUIS. Es posible?

JUAN. Juan no miente!

LUIS. Qué pasmosa simpatía!

JUAN. Pasé un dia y otro dia
sin verlo, mientras doliente
se halló mi niña...

LUIS. (*Sonriendo.*) Ya!

JUAN. Luego
la obligacion recordé,
y fuí al jardin; mas no hallé
flores á las que dar riego.

LUIS. No lo dudo.

JUAN. Digo! y ¿sabe
por qué cobró la salud
la niña?

LUIS. No.

JUAN. Por virtud
de sus madres: fué muy grave
su enfermedad, muy tirana;
mas todo al punto cesó
cuando el médico mandó
de flores una tisana.

LUIS. ¿Y jamás has sospechado
que otra madre pueda haber?

JUAN. ¿Cómo? otra madre mujer?
Es pensar en lo escusado.
Naide me quita la idea...

pero silencio! oigo ruido.
TOMASA. (*Dentro.*)
Juan!
JUAN. Es Tomasa!
TOMASA. Marido!

ESCENA VII.

Los mismos.—TOMASA, *que sale apresúrada.*

Estás sordo?... en la azotea
he visto venir corriendo
un coche.
JUAN. Serán los amos,
sin duda.
TOMASA. Pues corre! vamos
á recibirlos.
(*Juan hace señas á Luis de que no olvide el secreto.*)
LUIS. Te entiendo.

ESCENA VIII.

LUIS.

Este es un mundo de encantos!
que estoy soñando imagino:
¿quién es el ser peregrino
que envuelve prodigios tantos?...
Misterioso nacimiento
y un lis grabado en el hombro!...
De cuanto escucho me asombro...
pero aun mas de lo que siento.
(*Besando la flor de lis que le dió Flora.*)
¡Tú, que en su tez blanca y lisa
tan raro sello has impreso,
recibe este ardiente beso
y sé desde hoy mi divisa!
(*La pone en su ojal.*)

ESCENA IX.

Luis.—El Baron.—Ines.—Beatriz.—Tomasa. Juan.

(*Inés entra lánguida y distraida: no mira siquiera á Luis cuando este la saluda, y vá á sentarse en el banco de la izquierda.*)

Tomasa. Bien venidos á su casa
hoy, nuestros amos queridos.
Juan. Que sean los bien venidos,
como lo dice Tomasa.
Baron. Gracias, gracias. Eh! los brazos,
mi amado Luis.
(*Lo abraza.*)
¿No creias
que tan temprano tendrias
aquí á tu novia? Los plazos
quiero abreviar: me impaciento
por darte pronto de hijo
el dulce nombre.
Juan. (*Bajo á Tomasa.*)
¿Qué dijo?
Tomasa. (*Lo mismo.*)
¡Ay Juan! ¡que habrá casamiento!
Luis. (*Acercándosele.*)
Amable Inés...
Inés. (*Sin mirarle.*)
Buenos dias,
señor don Luis.
Baron. Esta noche
vendrá el vicario en mi coche.
Hija, ¿por qué te desvias?
Inés. Estoy cansada.
(*Se sienta y queda pensativa.*
Baron. (*A Luis.*)
Como es
el buen vicario mi amigo,
sin rogar mucho consigo
que él mismo te una á tu Inés.
Todo lo tiene arreglado.

LUIS. (*Suspirando.*)
Lo agradezco.
TOMASA. (*A Juan.*)
Aquí es la boda.
BARON. Se me alegra el alma toda:
el gozo me ha remozado.
LUIS. Tambien yo...
(*Aparte.*) ¡No sé mentir!
BARON. Feliz instante! mas ¿donde
se nos oculta el buen Conde
de Mondragon?
LUIS. Fué á dormir
un rato.
BARON. ¡Qué! ¿dormir hoy?
LUIS. Siempre descansa hasta tarde,
y hoy madrugó.
BARON. ¡Qué cobarde!
¡Ven! que de la cama voy
á sacarle, y... ¡voto á tal!
que de su sueño en castigo,
quiera ó no quiera, le obligo
á que os haga un madrigal
epitalámico.
LUIS. (*Con sonrisa forzada.*)
¡Ah! ¡si!
BARON. (*Tomándole el brazo y llevándosele.*)
Ya yo le tengo empezado.
LUIS. ¿De veras?
BARON. Muy delicado...
ya verás... lo traigo aquí.
(*Entran en la casa.*)

ESCENA X.

Los mismos, menos el BARON *y* LUIS.

TOMASA. Señorita, si está usted
fatigada...
BEATRIZ. (*Respondiendo por Inés.*)
Sí; te ruego
que el lecho prepares luego.
TOMASA. (*Con soflama.*)

¡Ah, prima! es mucha merced
que me hables, pues yo pensaba
que olvidada con las glorias
de las antiguas memorias...

BEATRIZ. (*Con viveza.*)
No, prima; nada olvidaba.
(*Aparte.*)
(Rabiando está por hablar
esta nécia.)

TOMASA. Yo temia...

BEATRIZ. (*Interrumpiéndola.*)
Sin fundamento, á fé mia;
mi amor te sabré probar
mas tarde.
(*Con intencion.*)

TOMASA. ¡Bien! pues me voy:
si algo quiere doña Inés...

BEATRIZ. Nada: adios.

TOMASA. Hasta despues.
(*Se vá con Juan.*)

BEATRIZ. (*Aparte.*)
De miedo temblando estoy.

ESCENA XI.

INÉS.—BEATRIZ.

BEATRIZ. (*Acercándose á Inés.*)
¿Qué cabilas?

INÉS. ¡Ay Beatriz!
por instantes desfallezco.
¡Si es tanto lo que padezco!
¡Me siento tan infeliz!

BEATRIZ. ¿Infeliz por ser esposa
de un jóven bello, elegante?
Hoy no le adoras amante,
mas luego será otra cosa.

INÉS. Si en mi juventud primera
el amor no halló cabida,
cuando declina mi vida
mal abrigarlo pudiera.

BEATRIZ. Es verdad que no has amado,

mas por eso mismo creo,
que llevando al himeneo
un corazon no gastado...

INÉS. Gasta tambien el pesar,
y aquí se guarda uno eterno.
(*Llevándose una mano al corazon.*)

BEATRIZ. Al lado de esposo tierno,
ya te sabrás consolar.

INÉS. No debo unir á otra suerte
mi suerte, por Dios maldita.

BEATRIZ. Que digas eso, me irrita.

INÉS. Grata me fuera la muerte!

BEATRIZ. Dios no maldice jamás
á la inocencia: ¡es locura!
¿No eres como la luz pura,
y lo has sido y lo serás?

INÉS. Es cierto: nunca en esta alma
cupo delito ó flaqueza;
mas del hado la fiereza
robó por siempre su calma;
y solo en gran soledad
y en retiro religioso,
hallar pudiera reposo.
ya que no felicidad.

BEATRIZ. Si era el ser monja tu anhelo,
y te casan, ten paciencia,
que tambien en la obediencia
encuentra mérito el cielo.
¿Pero á qué vino el rogar
que la boda fuese aquí?

INÉS. Lo que á mi padre pedí,
sin escoger el lugar,
fué que en el campo se hiciese
y él luego eligió esta casa.

BEATRIZ. (*Aparte.*)
¡Donde se encuentra Tomasa!

INÉS. ¿Te pesa?

BEATRIZ. No es que me pese...
¿por qué razon? mas no hallaba
motivo de preferencia.

INÉS. Quise salir de Valencia;
nada mas.

BEATRIZ. Bien.

INÉS. Me apenaba
ver gentes y escuchar ruido.

BEATRIZ. Siendo así, mejor estás
aquí, do á nadie verás
sino á tu padre y marido.

INÉS. ¡No! me engañé al presumir
que respirando otro ambiente
pudiera el pecho doliente
con menos pena latir;
pues por instantes, lo siento,
su afan se aumenta mas hondo,
y allá se agita en su fondo
no sé qué presentimiento.

BEVTRIZ. ¡Vaya estrañas aprensiones!
No hay quien te pueda aguantar...
¡Siempre ese mismo cantar!

INÉS. Por Dios, no mas reprensiones.
Mira que padezco mucho,
que cuanto miro me enoja,
sufriendo estraña congoja
contra la que en vano lucho;
pues la ilusion que avasalla
mis sentidos, tanto crece,
que por do quier me parece
que brota aquel...

BEATRIZ. ¡Vienen! ¡calla!

ESCENA XII.

Los mismos.—CONDE.—BARON.—LUIS.

BARON. Nada, Conde; no hay escusa:
forzosa es la penitencia.

CONDE. Si dicta Inés la sentencia...

BARON. La dicta, y será la musa
inspiradora.

CONDE. (*Acercándose á Inés con galanteria, pero con miradas observadoras.*)
En tal caso,
que quiera ó no quiera Apolo,
puede ascender el mas bolo

à la cumbre del parnaso.
(*A ella.*)
Y el viaje, ¿fué divertido?

BEATRIZ. (*Viendo que distraida Inés no contesta.*)
No acostumbra madrugar
y se ha debido cansar.

CONDE. (*Mirando siempre á Inés, como observando.*)
Cierto.

BARON. (*A Luis, con quien habla bajo.*)
Si: tenlo entendido;
no conejos; mas perdices
cuantas quieras.

LUIS. Las prefiero.

BARON. ¡Y tengo yo un perdiguero!...
¡Oh! momentos muy felices,
querido Luis, nos esperan.

CONDE. (*Aparte y siempre mirando á Inés.*)
Será tal vez aprension;
mas le hallo un aire...

BARON. Ya son
las seis: cuando ustedes quieran
almorzaremos; yo siento
un apetito bestial.
¡Conde! luego el madrigal;
ahora la mesa.

CONDE. Consiento.
(*Aparte, volviendo á mirar á Inés, que continúa distraida de la conversacion, y con la mirada fija.*)
¡Qué chasco fuera!

BARON. (*A Luis.*)
A Inesita
darás el brazo.
(*Toma él el del Conde.*)

LUIS. (*Acercándose.*)
Señora...

BEATRIZ. (*A Inés.*)
A almorzar vamos ahora.

LUIS. (*Ofreciendo el brazo á Inés, que se levanta como maquinalmente.*)
Y espero que usted permita...

INÉS. Muchas gracias.
(*Al mirar á Luis, retrocede espantada, lanzan-*

do un grito agudo, y huye entrando en la casa.)
¡Ah!!

BEATRIZ. ¡Dios mio!
(Entra en pos de Inés.)

LUIS. ¿Qué es esto?

CONDE. ¡Inés!

BARON. ¡Ay! ¡yo corro!
¡Un accidente!... ¡socorro!
(Corre en pos de Inés.)

CONDE. ¡Buena la hemos hecho!

LUIS. ¡Tio...

ESCENA XIII.

CONDE.—LUIS.

CONDE. Nada me digas, ¡lo veo!

LUIS. ¿Qué le ha dado á esa mujer?

CONDE. Es bien claro á mi entender.

LUIS. ¿Usted sospecha?...

CONDE. No: creo:
creo, Luis, que era fundado
aquel rumor popular,
y que libre te has de hallar
de un empeño desgraciado.

LUIS. ¡Ay Conde! ¡quiéralo el cielo!
¡Sálveme usted por piedad!
la perdida libertad
ahora mas que nunca anhelo.
Cuando me obligué á aceptar
ese enlace, á nadie amaba,
y á la esposa que me daba
pensé poder soportar;
mas hoy que abriga mi pecho
una pasion viva, ardiente,
justo es que el lazo inclemente
quede por siempre deshecho.

CONDE. ¡Pardiez! ¿qué estraño temor
te ha impedido el decir antes
todo eso? Ha pocos instantes
que aqui hablamos, y ese amor
no inferí, ni por asomo.

LUIS. Es que entonces no existia
lá pasion que al alma mia
subyuga, esclaviza...

CONDE. ¡Cómo!
¿No amabas hace un momento?

LUIS. No señor.

CONDE. Te estás burlando.

LUIS. Se engaña usted.

CONDE. Por quién, cuándo
nació ese amor tan violento?

LUIS. Nació aquí.

CONDE. No puede ser
que haya mujer en la casa
que te inspirase... ¿Es Tomasa!

LUIS. No es Tomasa, ni es mujer.

CONDE. (*Retrocediendo.*)
¡Luis!

LUIS. Enciende mis amores
un ser raro, indefinible,
misterioso, incomprensible...
una hija, en fin, de las flores!

CONDE. (*Aparte.*)
¡Señor! ¿si será epidemia?...

LUIS. (*Con calor y vehemencia.*)
Designar con nobre humano
al producto de un arcano,
me pareciera blasfemia.
¡*Ella* es *ella*, y nada mas!
(El Conde lo oye y lo mira asombrado.)
Solo esto decirse puede:
á todo lo bello escede:
no tendrá copia jamas.
¡Conde! ¿vé usted este jardin?...
¡Pues desde hoy es mi universo!
Si un hado injusto y adverso
me arrastrase hasta el confin
mas remoto de la tierra,
do quier tuviera presente
á los ojos de mi mente
cuantos tesoros encierra.
Con la impresion poderosa
que toda mi alma enagena,
diera culto á la azucena,

me postrara ante la rosa,
y en un éxtasis divino
cayendo al ver la violeta...

CONDE. ¡Luis! ¡Luis! Tu lengua sujeta.
¡Jesus! ¡Cuánto desatino!

LUIS. Le asombra á usted mi entusiasmo,
que no alcanza á comprender;
mas si usted la llega á ver,
será mas grande su pasmo.
Y si fija sus miradas
en aquellas lindas hojas,
que brillan frescas y rojas
sobre la nieve grabadas...
(*Quitándose del ojal la flor de lis.*)
¡Oh tio! ostento en mi seno
la flor celeste que adoro...
ella es mi bien, mi tesoro,
(*La besa.*)
la beso de encanto lleno.

CONDE. ¡Sobrino!

LUIS. Y si logro un dia,
cual, esta la otra besar,
me viera el cielo espirar
de placer y de ufanía!

CONDE. Pero...

LUIS. (*En su entusiasmo, habla como si se dirigiese á la flor que tiene en la mano.*)
Si escucho un *te amo*
segunda vez en su boca!...
Con tal palabra, una roca
se inflamara cual me inflamo.
¡Oh! ¡sí! pronúnciela!...

CONDE. ¡Luis!

LUIS. Y rinda yo el alma amante,
cuando mi labio anhelante
se fije en la flor de lis!
(*Se va presuroso y besando la flor de lis.*)

ESCENA XIV.

CONDE.—*Despues* EL BARON.

CONDE. ¿Qué es esto? ¡Gran Dios! ¿Qué es esto?
Obra aquí algun maleficio,
ó habrá en la falta del juicio
contagio oculto y funesto?
Cuanto ha dicho Luis no tiene
ni apariencias de sentido...
BARON. (*Saliendo de la casa.*)
Pasó lo de Inés: no ha sido
nada; un espasmo! Proviene
todo de amor, caro Conde.
Ya queda muy aliviada:
nos ruega que la escusemos,
y así pues, almorzaremos
los tres; ¿pero á do se esconde
mi yerno? ¡Se habrá asustado!
¡No era el caso para menos!
Pronto los dos, mas serenos,
depuesto todo cuidado,
por sí mismos la capilla
que hay en casa adornarán,
y en ella se casarán
esta noche: aunque sencilla
y pobre, pienso...
CONDE. ¡Baron!
Prudente, preciso creo
diferir este himeneo
para mejor ocasion.
BARON. ¿Qué? ¿Qué dice usted?
CONDE. (*Con embarazo.*) Padece
Inés, tambien mi sobrino...
sí, ya lo dije: yo opino
que no es tiempo...
BARON. Me parece,
Conde, que usted se chancea.
¿Fuera de sus males cura
retardarles la ventura?

¡Pues no era mala la idea!

CONDE. Es que yo llego á creer
que cual las cosas están,
aun teniendo ellos afan
de unirse, no han de poder.

BARON. ¿No han de poder?... ¿Qué razon...

CONDE. Amigo... la hay á mi ver.

BARON. Pues decirla es menester.
Si puede impedir la union
que ya á mi honor interesa,
reticencias no permito,
porque saber necesito
la causa: la causa espresa!

CONDE. ¿La causa?

BARON. ¡Pronto!

CONDE. Es bien triste.

BARON. Yo misterios no tolero;
saberla, saberla quiero
si existe.

CONDE. Digo que existe.

BARON. ¿Y provendrá de usted?...

CONDE. ¡No!...
Otro es quien turba el casorio.

BARON. ¡Entiendo!... ¡No diga mas!
¡Me afrenta! ¡Se vuelve atrás
don Luis de Castro y de Osorio!

CONDE. Si me escucha usted...

BARON. ¡No, Conde!
no soportan tal ultraje
los hombres de mi linaje.
¿En dónde está Luis, en dónde?

CONDE. Yo le aseguro...

BARON. Aunque anciano
no tengo la sangre helada,
y aun no le pesa la espada
cuando la esgrime mi mano.

CONDE. *Con impaciencia.)*
Mas si Luis está inocente,
Baron; si soy yo quien digo...

BARON. ¿Con que es usted? ¡Falso amigo!

CONDE. Si en escucharme consiente...

BARON. ¿Es usted quien con ardid
quiso hacerme en su demencia

la fábula de Valencia,
y el ludibrio de Madrid?
¡Bien! mi venganza prevea
y no en palabras se agote,
porque no soy ningun zote
que en necias mentiras crea.

CONDE. (*Con indignacion que reprime al punto.*)
¡Baron!

BARON. La ira me rebosa.

CONDE. Como usté atenderme quiera...

BARON. ¡Tal ofensa injusta y fiera
en mi vejez!

CONDE. No hay tal cosa!
toda queja es infundada.
Ni yo de ofenderte trato,
ni el enlace desbarato,
ni Luis es culpable en nada.
Quien destruye á su placer
los proyectos de los dos,
quéjese usté de él... ¡es Dios!

BARON. ¿Dios?

CONDE. Con su inmenso poder.

BARON. ¿Pues qué sucede?

CONDE. Sucede...
una desgracia increible
é inesperada.

BARON. ¿Es posible?

CONDE. Un obstáculo que escede
á nuestras fuerzas.

BARON. ¡Dios mio!
Pues hable usted... por piedad!
Si lo que dice es verdad...

CONDE. ¡Ojalá no!

BARON. ¡Yo estoy frio!
¿Con que ocurre una desgracia?

CONDE. Hay de ella indicios no pocos.

BARON. ¿Cuál es, Conde?

CONDE. (*Al oido del Baron.*)
¡Que están locos!

BARON. ¡Locos!...

CONDE. ¡Los dos!

BARON. ¡Santa Engracia!

CONDE. Esa es la verdad cruel.

BARON. ¡Locos los dos?... ¡Yo fallezco!
CONDE. Amigo, á usted compadezco.
BARON. ¡Locos los dos?... ¡Ella y él?...
CONDE. Y al ver que es esta mansion
de desventuras teatro,
mucho me temo, Baron...
BARON. ¿Qué?
CONDE. ¡Que como ahora dos son,
mañana seremos cuatro!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto. Es de tarde.

ESCENA PRIMERA.

CONDE.—BARON.

BARON. Nada! nada! ni un indicio!
CONDE. Está usted cierto? ¿Ha observado...
BARON. Hablé con ella dos horas,
y la observé muy despacio.
CONDE. ¿Y dice usted...
BARON. Digo y juro
que está su juicio muy sano.
CONDE. Puede ser, mas yo recelo...
BARON. Pues son recelos estraños.
CONDE. Si usted lo afirma de veras...
BARON. Y vive Dios, que no alcanzo
en qué pudo usted fundar
su opinion, su anuncio infausto.
CONDE. No faltaban apariencias:
mas en fin, si fué un engaño,
al cielo mil gracias rindo,
y ojalá que tambien falso

salga mi juicio respecto
del otro.

BARON. No hay que dudarlo.

CONDE. Ah! mucho temo que no.
Ya está usted viendo lo raro
de su conducta: no bien
llegan ustedes, y en tanto
que padece su futura
aquel singular espasmo,
desaparece de pronto,
y casi llega á su ocaso
el sol, sin que haya podido
mi diligencia encontrarlo.

BARON. Cierto: ni aun al desayuno
asistió: mas dice Pablo
que lo ha visto no distante
de casa. Tal vez los campos,
que son aqui tan hermosos,
quiso admirar paseando,
por estos alrededores.

CONDE. ¡Pues vaya un paseo largo,
en lo mas fuerte del dia
y en el rigor del verano.

BARON. No se temen, buen amigo,
del sol ardiente los rayos,
cuando hierve en nuestras venas
una sangre de veinte años.

CONDE. Rendido estoy de correr
al fugitivo buscando,
y por mas que diga usted...

BARON. Eh! no hay que ser visionario.
La desgracia que recela
usted, Conde, la ha soñado
sin duda, y dando despues
consistencia á un sueño vano...

CONDE. No es eso, no; tal vez
preocupado mi ánimo...
¡Plegue al Señor que así sea!
Hora, pues dijo el criado
que vió á Luis cerca del cerro,
quiero dirijir mis pasos
hácia allá.

BARON. No: que él vendrá

ya por el hambre acosado.
Cuanto llegue comeremos:
retardé por esperarlo
el momento.

CONDE. Vuelvo pronto,
con él ó sin él. ¡Qué exacto
es aquel refran que dice,
que le dá sobrino el diablo
á quien Dios no le dá hijo!

BARON. Y otro hay que dice, que el caldo
y el casamiento han de ser,
ya usted lo sabe, escaldando.
Con que así...

CONDE. Parezca el novio,
pues sin él...

BARON. No hay boda; es llano!
Mas yo aseguro...

CONDE. Veremos.

BARON. Hasta la vuelta.

CONDE. No tardo.

ESCENA II.

BARON.

Si será cierto que Luis...
porque en cuanto á Inés, es claro
que solo la asoció el Conde
á la desgracia, pensando
que yo mejor guardaria
secreto el suceso amargo,
si me hallaba cual él propio
aflijido, interesado.
Pero se me hace muy duro
de dijerir el fracaso
de mi yerno: nadie pierde
sin saber cómo ni cuándo,
de sopeton la chaveta.
Mas tampoco razon hallo
para que el Conde desee
forjarle á la boda obstáculos.
A él le conviene: él ha sido

quien la propuso, y tocando
ya el instante, no es posible
que quisiese... no! el pensarlo
es desatino: sin duda
respecto del novio hay algo.
Pero quizá solo sea
un trastorno momentáneo
que el mismo amor origine,
y despues de estar casado
y tranquilo... sí! yo arrostro
por todo. Sesenta y cuatro
cuento, y no quiero vivir
en mi vejez solitario,
y descender al sepulcro
sin ver antes que renazco
en dos ó tres nietecitos,
que pidan balbuceando
mi bendicion, y me llamen
papá grande... ¡Sin descanso
me tiene ha tiempo este anhelo!
Sin cesar pienso mirarlos
tan traviesillos... tan monos...
mimando al abuelo... vamos!
¡Inés tiene treinta y seis!
¡No! yo no admito retardo.
Bueno es que esté preparada
la capilla, que el vicario
vendrá sin falta esta noche,
y si no esta rematado
Luis, bien se puede...
(*Llamando.*)
Tomasa!
Juan! Antonio! Diego! Pablo!
¡Eh! ¿No hay gentes en la casa?

ESCENA III.

BARON.—JUAN.

JUAN. Sí señor; mande nuestro amo.
BARON. Hoy muy tarde comeremos;
así que deje el cuidado

de la cocina Tomasa...
Juan. Ya tiene asadito el pavo,
y con arroz los capones,
y en la sarten el pescado.
¡Ella todo!... Para nada
le hace falta aquel pelmazo
de cocinero, que Usía
para ayudarla le trajo,
y que solo mandar sabe
y estar haciendo arrumacos
á la Blasa.
Baron. Bien: ve y dile
á tu mujer, que la mando
que antes de nada, se ocupe
de la capilla.
Juan. Ya estamos.
Baron. Que coja abundantes flores
y las ponga en lindos jarros,
y en los grandes candeleros
los cirios, que están guardados
en aquel escaparate...
Juan. Ya sé en cual: en aquel ancho
de cedro.
Baron. ¿Sin duda está
el crucifijo de mármol
en el altar?
Juan. No se mueve
nunca de allí.
Baron. Lo ordenado
ve á cumplir, pues.
(*Flora en este momento aparece por la glorieta.*)
Juan. Sin demora.
Muy contentos, muy ufanos
nos tiene la boda á todos.
Baron. ¿Sí?
Juan. ¡Ya se ve! Y es gallardo
el novio, como no hay muchos!
Lo que me tiene atontado
es ver que en todo este dia...
Baron. (*Interrumpiéndole.*)
¡Vete á cumplir tu mandato!
Juan. Al momento; pero es cosa
bien rara, á mi ver, que estando

en dia de casamiento...

BARON. ¡Eh! ¿Tendremos comentarios?
¡Guardar la lengua y servir!

JUAN. Yo... sí... pero... pues... pensando...

BARON. (*Irritado.*)
¿Y quién te ha dado permiso
para pensar? ¡Mentecato!

JUAN. Naide... ni yo lo hice adrede...

BARON. ¡Qué tiempos los que alcanzamos!
¡Que hasta esto piense!...

JUAN. No pienso...
fué... que pensé sin pensarlo.

BARON. Pues no vuelvas...

JUAN. ¡Cá!! en mi vida.

BARON. Respetar es necesario
como á mí mismo á mi yerno.

JUAN. Sí señor, así lo hago.

BARON. Y creer que es bueno y justo,
y racional, y sensato,
cuanto él diga ó egecute.

JUAN. Así será.

BARON. Por lo tanto
aunque le vieres andar
piés arriba y boca abajo,
y decir que el dia es noche,
y que el círculo es cuadrado,
hay que pensar que es aquello
muy justo y digno de aplauso.

JUAN. Como así lo ordene Usía...

BARON. Lo ordeno!

JUAN. Bien.

BARON. No olvidarlo.
Vete!

JUAN. Me voy.
(*Saluda y se vá por la derecha.*)

BARON. Veré ahora
á Inés: aun está en su cuarto,
mas pues pasó su occidente,
debe pensar en su ornato.
Me parece que es prudencia
decirle, de un modo vago,
atenuante, la desgracia
del novio. Pudiera acaso

por su conducta ofenderse
no sabiendo... el sexo flaco
lo único que no perdona
es la tibieza, y pintando
lo que pasa al pobre Luis,
como un efecto tirano
de su amorosa impaciencia,
no le hago á su causa daño.
¡Ay Dios! casar á una hija,
segun veo, es mas trabajo
que los doce que nos cuentan
de Alcides.
(*Se vá por la derecha.*)

ESCENA IV.

FLORA.

FLORA. (*Bajando al proscenio.*)
Se fué el anciano
desconocido: en la casa
huéspedes hay hoy, y ¡cuántos!
Quizás por eso seria
que me mandó muy temprano
Tomasa á ver á la Bruna,
y hacerle no sé qué encargo.
Ella pensará que estoy
con la vieja...
(*Sonriendo con malicia infantil.*)
¡Vaya un chasco
el que se lleva! No fuí;
ni siquiera lo he pensado.
Escondida en la glorieta
pasé el dia... pero al cabo
nada logro, y me fastidio...
¡Cada minuto es tan largo!
(*Se sienta entre las flores, y dice despues de un momento de silencio.*)
¡Con qué esplendor, con qué orgullo
os desplegásteis, oh flores!
del aura al plácido arrullo,
de tibia luz entre albores!

Despues del sol los rigores
ajaron vuestra frescura,
y enmudeció el aura pura
que, vagando en libres giros,
en amorosos suspiros
cantaba vuestra hermosura.
Tampoco yo vengo ahora
tan ufana y tan riënte
como me encontró la aurora
al asomarse en oriente.
Si aun dais corona á mi frente,
no ya gozo al alma mia,
que, no sé por qué, este dia
que nuestro destino iguala,
como á vosotras la gala,
me robó á mí la alegría.
No acierto cómo y de dónde
me viene este afan primero,
ni qué objeto se me esconde
que inútilmente aquí espero.
Mas no... ¡engañaros no quiero!...
á un hombre dí esta mañana
la flor de lis nuestra hermana,
y ahora se aleja el cruel...

ESCENA V.

FLORA.—LUIS.

LUIS. (*Que entra por el fondo al decir Flora el último verso.*)
Oigo su voz... ¡Flora!
FLORA. ¡Es él!
(*Aparenta no verlo y juega con las flores con aire melancólico.*)
LUIS. ¿Por fin te encuentro, tirana?
FLORA. ¡Ay flores!
LUIS. ¿Por qué suspiras?
FLORA. Si en olvido nos tuvistes
del sol sufriendo las iras,
¿por qué de hallarnos te admiras,

múslias en la tarde y tristes?
LUIS. Me dijo Juan que no estabas
en la quinta; que solias
recorrer las cercanías;
que muy tarde regresabas
cuando eran buenos los dias;
y yo, anhelante por verte,
montes, playas he corrido
del calor en lo mas fuerte.
FLORA. (*Llegándose á él.*)
¿De veras?... ¡sí! que se advierte
en tu rostro humedecido.
(*Le enjuga la frente con las flores que tiene en la mano.*)
LUIS. ¡Angel celeste!...
(*Aparte.*) ¡Me inspira
tal respeto su candor!
FLORA. (*Viendo la flor de lis en el ojal del frac.*)
¿Con que conservas mi flor?
LUIS. ¡Oh, sí! en mi pecho la mira
objeto de ardiente amor.
¿No es igual á la que sella
tu tez pura, alabastrina?
Naturaleza con ella
por su creacion mas bella
te señaló, y peregrina!
FLORA. (*Sonriendo con inocente coqueteria.*)
¿Con que tan hermosa soy?
Yo, á la verdad, lo sabia;
mas no con tanta alegría
como al decirlo tú hoy,
mi corazon lo sentia.
¿De qué sirviera á la rosa
su perfume penetrante
ni su beldad primorosa,
si nadie la viera hermosa,
ni la aspirára fragante?
Pude ver indiferente
mis ojos y lábios rojos
en el cristal de una fuente;
pero hoy los veo en tus ojos...
y es cosa muy diferente!
LUIS. ¡Oh Luis! deliras de fijo!

FLORA. ¡Qué escucho! ¿Te llamas Luis?
LUIS. Si, mi bien.
FLORA. ¡Qué regocijo!
LUIS. ¿Por qué causa? No colijo...
FLORA. ¡Si eres tocayo de Lis!
LUIS. ¡Ah!! ¡es cierto!
FLORA. Te amo tanto
porque el cielo lo dispuso:
ya ves; por señal me puso
tu nombre casi.
LUIS. (*Trasportado.*)
¡Qué encanto!...
(*Aparte y dominándose.*)
¡No! de su candor no abuso.
FLORA. (*Acercándosele cariñosa cuando él se desvia.*)
¿Qué tienes? ¿Te has enojado?
LUIS. Padezco, Flora.
FLORA. ¿Tú?
LUIS. ¡Mucho!
FLORA. Mas ¿por qué?
LUIS. Soy desgraciado:
me es contrario, injusto el hado.
FLORA. No te entiendo, aunque te escucho.
LUIS. No entiendas; ¡ah!
FLORA. (*Con sensibilidad.*) Y sin embargo,
solo al eco de tu acento
venir á mis ojos siento
lágrimas de llanto amargo.
LUIS. ¡Es tan grande mi tormento...
(*Notando que llora Flora.*)
¡Pero no llores tú, no!
FLORA. Pues si desgraciado eres,
¿cómo, ingrato, cómo quieres
no lo sea tambien yo?
LUIS. ¡Oh perla de las mujeres!
Si yo á tu lado viviera,
jurándote á cada instante
eterno amor, fé constante,
¿á qué monarca pudiera
tener envidia tu amante?
FLORA. ¿Qué dudas, pues, si es asi?
Pues tú quieres y yo quiero,
sé desde hoy mi compañero,

no te separes de mí.

LUIS. Preciso fuera primero
ser tu esposo.

FLORA. Sélo pues.
No pienses que yo me asombre:
Tomasa á Juan dá ese nombre
¡y dulce, muy dulce que es!

LUIS. (*Aparte.*)
¡Que esto escuche, y calle un hombre!

FLORA. Seremos inseparables.

LUIS. ¡Flora!

FLORA. Los dos gozaremos
placeres puros y extremos;
goces del alma inefables.

LUIS. ¡Ah! ¡lo sé! ¡fueran supremos!

FLORA. Pues ¿quién la desgracia nombra?
Juntos del monte en las faldas;
juntos del bosque á la sombra,
flores nos darán alfombra!
flores nos darán guirnaldas!
Correremos, Luis querido,
cual cerbatillos gemelos
por todo el campo florido...
ó cual pichones de un nido
que al par emprenden sus vuelos.
Juntos nos verá al brillar
la aurora, juntos el sol
su ardiente rayo al lanzar,
y al sepultarse en la mar
tiñéndolo de arrebol.
Juntos, sin que nos dé espanto
de la noche el rostro austero,
á cada hermoso lucero
de los que bordan su manto,
pondremos nombre hechicero.
Y si te aduerme el frescor,
para arrullarte, Luis mio,
cantaré un himno de amor
que aprendí del ruiseñor
en una noche de estío.
Pero si plácida luna
su pálida faz ostenta,
y allá en las aguas que argenta

juega la brisa importuna,
ó suspira soñolienta,
tambien los dos á la par
rompiendo las mansas olas,
las haremos suspirar
y en mil círculos formar
caprichosas aureolas:
pues cuando ligera nado,
batiendo la blanca espuma,
no vuela en el aire pluma,
ni pez surca el mar salado,
que aventajarme presuma!

LUIS. Cesa, Flora: me haces daño
con cuadro tan hechicero.

FLORA. ¿Pues no lo hallas verdadero?

LUIS. ¡Ay! por fatalismo estraño
tú enciendes mi amor primero,
en el propio infausto dia
en que tal vez...

FLORA. ¿Qué sucede?

LUIS. De un deber la tiranía,
á aceptar cadena impia
acaso obligarme puede.

FLORA. ¿Cadena?

LUIS. Al tender quizás
la noche su opaco velo,
pronuncie á la faz del cielo...
decirte no puedo mas...
se apaga mi voz, y un hielo
por mis venas corre.

FLORA. (*Como recordando de pronto.*)
¡Ah! ¡sí!
lo recuerdo en este instante:
el anciano hablaba aquí
con Juan, y todo lo oí
porque no estaba distante.
Trataron de un casamiento...
¿Era el tuyo?...

LUIS. ¡Suerte cruda!

FLORA. ¿Era el tuyo?

LUIS. ¡Atroz momento!

FLORA. ¡Era el tuyo! ¡sí! ¡lo siento!
no puede quedarme duda.

LUIS. Tienes razon: yo no miento.
FLORA. Pues si de otra eres esposo,
¿por qué decir que soy bella
y por el campo afanoso
correr buscando mi huella?
LUIS. ¡Porque te amo!
FLORA. ¡Mentiroso!
¿me amas y hacer compañía
prefieres á otra mujer?
LUIS. ¡Ah! no ha sido eleccion mia.
Cediendo á loca porfia,
obligado por deber
tirano...
FLORA. ¿Te obligan?
LUIS. Sí.
Un empeño... la opresion
que ejercen con su opinion
los hombres...
FLORA. ¡Ah! ¿cómo así?
¿tan malos los hombres son?
Pues huye de ellos... ¿qué esperas?
¡huyamos! cese tu afan:
dejo á Tomasa y á Juan...
y á mis flores... (*Conmovida.*) las postreras
que bese, aquestas serán.
¡Ven! ¡dicen que el mundo es grande!
lejos, muy lejos iremos,
y allá dichosos seremos
porque no habrá quien nos mande.
LUIS. Pero...
FLORA. ¡Corramos! ¡volemos!
LUIS. Escucha...
FLORA. No tengo oidos.
LUIS. Mas ¿cómo vivir los dos
solos, pobres, desvalidos,
por ese mundo perdidos?...
FLORA. (*Con solemnidad.*)
¡En todas partes hay Dios!
No han allegado un tesoro
flores que viven un dia,
(*Señala las del jardin.*)
y ya ves que el que las cria
de nácar, púrpura y oro,

las viste á su fantasía.
Y oyes en torno del nido
dos pajarillos cantar
con amoroso descuido,
aunque nada han recojido
que los pueda alimentar.
Pero saben que la mano
que al sol rije á su placer
y enfrena al fiero oceáno,
es la que cuida del grano
que mañana han menester.

LUIS. ¡Ah! tus acentos me encantan,
me enloquece tu ternura,
y por lograr la ventura
que me ofreces, no me espantan
riesgos mil, te lo asegura
mi corazon: mas deberes
tienen los hombres honrados,
y hay compromisos sagrados
que hoy impiden lo que quieres.

FLORA. ¿Lo impiden?

LUIS. Pero me alienta
una esperanza, aunque triste:
no te digo en qué consiste,
mas pues ella me sustenta,
no olvides, Flora, que existe.

FLORA. Nada espero, nada ya,
sino un eterno dolor.

LUIS. (*Desprendiéndola del ojal.*)
Testigo sea esta flor...

FLORA. No la invoques: muerta está!
(*Se la quita, interrumpiéndole.*)
ya ves! consume tu amor.

LUIS. Pues yo por él te aseguro
aquí á presencia del cielo...

FLORA. (*Interrumpiéndole y señalando las flores del jardin.*)
Y yo por ellas te juro,
y el sol las queme, y el hielo,
si muevo un labio perjuro,
que mas no te he de creer
si aqui no logras probarnos,
que no hay para tí deber

que primero deba ser
que el protejernos, y amarnos.
(*Se vá por la izquierda.*)

ESCENA VI.

LUIS.

Flora! Seguiré sus pasos...
mas á qué? con qué designio?
Justo es su enojo... ¿qué puedo
decirla, ni á qué me obligo?
De si es ó no loca Inés
hoy depende mi destino!...
Solo una cosa cual esa
romper puede un compromiso
tan grave. ¡Si Dios se digna!...
Oh! mi deseo es impío.
Mas no alcanzo otro recurso,
y ya el momento temido
rápido avanza. Yo quiero
ver, indagar... es preciso!
pero por quién? de qué modo
lo que hay de cierto averiguo?
Por ella misma!... tocando
su mente por mil registros...
Aunque suelen los dementes
tener momentos lucidos,
siempre un buen observador
descubre algunos indicios.
Alguien viene!... El Baron.

ESCENA VII.

BARON.—LUIS.

BARON. (*Sin ver á Luis.*) Vaya
si le hizo mella el aviso
á la novia!... en muy mal hora
se me ocurrió...
(*Viendo á Luis.*)

Mas ¡qué miro!
Aquí está ya nuestro hombre:
veremos...

LUIS. (*Saludando.*)
Baron...

BARON. (*Acercándosele.*)
Luisito...
¡Qué tarde! ¿dónde has andado?

LUIS. Paseando y distraido
me alejé mucho de casa.

BARON. El Conde no está tranquilo:
te anda buscando.

LUIS. Lo siento.

BARON. Aunque yo sin ser aprensivo...

LUIS. Corriendo las cercanias
pasé el dia sin sentirlo.

BARON. Pero hombre, sin decir nada....
con calor tan escesivo
como hoy hubo!
(*Aparte.*)
Por de pronto
no hay ni el síntoma mas mínimo.
(*Alto.*)
Cansado estarás y hambriento.

LUIS. No tal; no siento apetito.

BARON. Podrá ser, mas la cabeza...
tienes el rostro encendido:
¿en la cabeza no sientes
cierto tumulto, ó bullicio
como quien dice?

LUIS. No, nada.

BARON. ¿Con que nada en tu organismo
percibes de estraordinario?

LUIS. No, Baron, nada percibo.

BARON. Ya ves! una insolacion...

LUIS. No hay que temer: hasta el quilo
he sudado, y me hallo ahora
mas que nunca fresco y listo.

BARON. (*Con entusiasmo.*)
Pues demos gracias á Dios!
¡gloria por siglos de siglos!

LUIS. Amen... Mas ¿pasó de Inés
el espasmo repentino?

BARON. Todo, todo se ha pasado...
¡Me trasporta el regocijo!
Nada impide que esta noche
pueda llamarte mi hijo.
¿De dónde diablos sacó
tu tio aquel embolismo?

LUIS. ¿Qué dice usted?

BARON. Que fué sueño
del Conde, estraño delirio,
la causa que creyó hallar
para aplazar, hijo mio,
tu ventura.

LUIS. Cómo! el Conde
aplazar la boda quiso?...
y dió la causa?

BARON. La dió,
pero es absurda: está visto!
Pensar que sin mas ni mas
se turbe, se pierda el juicio?

LUIS. ¿Conque el Conde dijo á usted...

BARON. Eh! qué importa lo que dijo:
fué falso, y hay que olvidarlo.

LUIS. ¿Conque está usted convencido
de que es falso?...

BARON. Claro está!
Sereis, sereis bendecidos
esta noche: corro ahora
á buscar tu iluso tio,
y haré que toque su error
y lo confiese contrito.
Me pesa haber dicho á Inés...
mas no será su conflicto
largo... muy pronto has de verla:
vuelvo al punto!
(*Se vá por el fondo.*)

LUIS. Soy perdido!
que no está loca su hija
afirma el Baron... yo mismo
voy sintiendo que flaquea
mi esperanza. ¡Dios benigno!
Que yo me case esta noche!...
mejor fuera un suicidio!
Mas no basta el testimonio

del padre... yo no lo admito!
Hablar quiero con Inés...
(*Vá á entrar y aparece Inés.*)
Ah! la conduce á este sitio
la divina Providencia.

ESCENA VIII.

INÉS.—LUIS.—BEATRIZ.

INÉS. (*A Beatriz al salir.*)
Del enlace que abomino
tal vez me libre el Señor
por ese medio imprevisto.
BEATRIZ. Calle! está aquí.
INÉS. Lo celebro:
saber lo que hay determino.
LUIS. (*Aparte y observando á Inés con disimulo.*)
Anhelo y temo el hablarla.
Si la hallo cuerda, me abismo!
INÉS. (*A Beatriz mirando á hurtadillas á Luis.*)
Si lo hallo loco, me salvo!
BEATRIZ. Háblale, pues!
LUIS. Me decido!
(*Inés y Luis, que se han observado á hurtadillas, se acercan de pronto el uno al otro, diciendo al mismo tiempo la palabra siguiente.*)
LUIS. / INÉS. } Quisiera...
(*Ambos se suspenden un momento y se observan.*)
LUIS. Prosiga usted,
señora.
INÉS. No; le suplico
que hable usted...
LUIS. Solo queria,
por el placer que recibo
en ello, escuchar su acento...
INES. Tambien yo, gozo infinito
oyendo al señor don Luis.
LUIS. De tal dicha no soy digno;
por mas que sepa estimarla.

BEATRIZ. (*Aparte.*)
Pues para loco es muy fino.
INÉS. Estando ya tan cercano
el instante decisivo
que enlazar debe por siempre
con el de usted mi destino,
justo es que hablemos los dos
con franqueza, sin testigos
importunos.
LUIS. Yo lo anhelo.
(*Aparte.*)
Apenas tengo resquicios
de esperanza.
INÉS. Si usted gusta...
(*Invitándole á sentarse y haciéndolo ella.*)
LUIS. Con placer y agradecido.
(*Se sienta.*)
(*Beatriz se aleja un poco. Inés y Luis se observan mútuamente á hurtadillas y con inquietud, esperando cada uno de ellos que hable el otro.*)
BEATRIZ. (*Aparte.*) ¡Si yo pudiera á Tomasa
ver entretanto!
INÉS. (*Aparte.*) Principio,
pues él calla, daré yo
á la plática en que cifro
mi esperanza.
LUIS. (*Aparte.*)
¡Está turbada!...
A echar la sonda me animo.
LUIS. INÉS. } (*A un tiempo.*) Con que...
(*Se detienen ambos.*)
INÉS. Vamos! Diga usted.
LUIS. Parece que convenimos
el momento de empezar
siempre á la vez.
INÉS. Yo retiro
mi palabra: á usted le toca
comenzar, claro y esplícito,
este coloquio importante.
LUIS. Con deferencia me eximo,
pues saber lo que usted quiere,
lo que espera, es cuanto ansío,

y de su acento pendiente
debo escucharla rendido.

INÉS. ¡Ay, don Luis! mucho me temo
que haya sido un desvario
la esperanza que abrigaba.

LUIS. (*Con viveza.*)
¿Desvario?....

INÉS. Sí, lo he dicho.

LUIS. ¿Qué esperaba usted?

INÉS. ¡Yo?.. nada:
cuando le prestan alivio
la mente acoje ilusiones.

LUIS. (*Con viveza.*)
¿Ilusiones?..

INÉS. (*Con desaliento.*) Me ha cabido
suerte fatal: nada espero.

LUIS. (*Aparte.*)
Ese dolor repentino...
no es natural!.. (*Alto.*) ¿Con que juzga
usted que tiene mal signo?

INÉS. (*Con amargura.*)
Sí, muy malo... no hay quien pueda
quejarse con mas motivo,
del rigor, de la injusticia...

BEATRIZ. (*Que la oye y se acerca presurosa.*)
Inesita, te convido
á dar un corto paseo:
ya ves: el tiempo es magnífico.

LUIS. (*Aparte.*)
¡Bueno! ¡La nodriza teme
dejarla hablar!....

INÉS. (*Á Beatriz.*)
No te impido
tu gusto: vé á espaciarte:
yo estoy bien en este sitio.

LUIS. Sí; vaya usted.

BEATRIZ. Pero...

INÉS. (*Con imperio.*)
¡Vete!

BEATRIZ. Si lo ordenas no replico.
(*Aparte al alejarse un poco.*)
¡Dios ponga tiento en su boca!

LUIS. (*Aparte.*)

Era un momento lucido:
mas vá á entregar la patente.
(*Alto.*)
Con que acusa usted de impios
sus hados?

INÉS. Y usted tambien
no debe hallar que propicios
son los suyos.

LUIS. ¿Yo? la causa
no alcanzo: mas ya imagino
cual es la que encuentra usted.
Saber que no soy querido
por quien su mano me otorga,
que antes bien horror le inspiro.

INÉS. ¿Lo piensa usté así?

LUIS. ¡Lo veó!
aquel espanto, aquel grito
que hoy al brindarle mi brazo
me mostró todo el desvio
que siente por mí...

INÉS. No acierta
usted: mi espanto provino
de un objeto que...

BEATRIZ. (*Acercándose otra vez con prisa y con inquietud.*)
Inesita,
suele el aire ser nocivo
á personas delicadas:
yo te ruego...

INÉS. Y yo te pido
que á interrumpirme no vuelvas.

LUIS. (*Aparte.*)
¡Es loca! ¡Sí! ¡Yo respiro!

BEATRIZ. (*Interponiendose entre los dos.*)
Quisiera...

INÉS. ¡Aléjate!

LUIS. (*Empujándola.*) ¡Pronto!

BEATRIZ. (*Aparte.*)
¡Vaya un modo!.. Ya lo afirmo:
su cabeza no está sana.
¡Tocarme á mí!

LUIS. (*A Inés, aproximándose con interés.*)
Si un capricho,

ó un incidente casual,
motivó aquel que he creido
fuera horror á mi persona...

INÉS. Que se engañó le repito.
De otro punto hablar debemos
mas importante, y le exijo
me oiga un momento.

LUIS. Ya escucho.

INÉS. Confieso que no concibo
que en un negocio tan grave
como es casarse, sumiso
al gusto de otro, se plegue
usted, y acepte unos grillos
que harto le deben pesar.

LUIS. (*Aparte.*)
¡Malo!.... ¡Encuentro raciocinio!

INÉS. Usted jamás podrá amarme,
y por respetos mezquinos
torciendo su inclinacion,
se ha prestado á un sacrificio.

LUIS. ¡Sacrificio!.. qué palabra
tan fuerte!...

INÉS. La ratifico.
No use usted de miramientos
que hoy fueran intempestivos.
Tanto le oprime y trastorna
aquel enlace maldito
que le imponen, violentando,
señor don Luis, su albedrio,
que el baron llegó á creer...

LUIS. ¿Qué?

INÉS. ¡Qué! Me pesa decirlo.
Que estaba usted loco.

LUIS. (*Levantándose con asombro.*)
¡Yo!

INÉS. Y confieso mi delito:
de nuestro yugo cercano
de tal modo me horrorizo,
que fundé triste esperanza
en hallarle á usted sin juicio.

LUIS. ¡Cosa mas rara!.. Señora,
este es un hecho inaudito...
porque... ¡lo veo! tampoco

es loca usted...

INÉS. (*Levantándose con asombro tambien.*)
¡Cómo!

LUIS. Digo
que igual ha sido el engaño
y el crímen; pues yo he creido
que su razon era escasa,
y en ello busqué un arbitrio
para romper el empeño
con ceguedad contraido.

INÉS. ¡La coincidencia es estraña!
mas en fin, lo positivo
es que nos casan, si modo
no encuentra usted de impedirlo.

LUIS. Eso á usted le corresponde.

INÉS. (*Con viveza.*)
¡A mí!... ¡Vaya un desatino!

LUIS. No hay razon para que usted
con su edad, con su atractivo,
pudiendo á gusto escogerlo,
se deje dar un marido.

INÉS. (*Con la misma.*)
Ni hay razon para que á un hombre
se le trate como á un niño,
y de su suerte futura
otro disponga á su arbitrio.

LUIS. Usted debió...

INÉS. Tengo un padre!
Pero usted...

LUIS. Yo tengo un tio!

INÉS. Mi amor al que me dió el ser...

LUIS. El respeto y el cariño
que debo á quien prestó tierno
á mi horfandad blando abrigo...

INÉS. Mas al cabo, nada obliga
á que se acepte un martirio,
cual es vivir enlazado
á un objeto aborrecido.

LUIS. Esa razon pese usted.

INÉS. La peso, don Luis, y opino
que por todo arrostrar debe
usted: mi sexo es muy tímido,
y para salir del trance

fatal á que hemos venido,
se necesita de un hombre
la entereza, el noble brio.

LUIS. Si ese hombre dió su palabra,
y caballero ha nacido,
antes que faltar á ella,
soportará mil suplicios.

INÉS. Pues tampoco hay que esperar,
y usted lo tenga entendido,
que una dama de mi estirpe
se vuelva atrás.

LUIS. Me resigno
en tal caso, á que usted sea
desgraciada.

INÉS. ¡Eso es inícuo!
Cuando yo para que rompa
hoy le estimulo, le aguijo...

LUIS. Hacerlo yo fuera ultraje
á su decoro, que estimo
en mucho; fuera prestar
pretesto al vulgo maligno,
para suponer patrañas
que manchasen su honor limpio.
Usted sí que romper puede
sin desdoro, sin peligro;
pues á los fueros de dama
todo le está permitido.
¡Plánteme usted! Cuando mas,
dirán que ha sido un capricho;
y si aun eso evitar quiere,
diga usted... la doy permiso...
que soy un zote, un tronera,
que estoy plagado de vicios...

INÉS. Mejor es que alegue usted
que yo, por mi genio esquivo,
taciturno, estrafalario,
insoportable y arisco,
le puse en el caso duro
de faltar...

LUIS. No justifico
con escusas tan endebles
retroceso tan indigno;
pues solo siendo usted loca,

y muy loca...

INÉS. No, ¡Dios mio!

LUIS. Pero todo está salvado
haciendo lo que yo indico.
¡Sí! Déme usted, por el cielo,
calabazas!... Me arrodillo
para pedir esa gracia.

INÉS. Pero...

LUIS. Mis labios imprimo
con ardor en esta mano.
Ceda usted, si no es de risco
su corazon. ¡Calabazas!
¡Inés, calabazas pido!

INÉS. Yo no debo...
(Aparecen por el fondo el Baron y el Conde. Aquel encantado al ver á Luis á los piés de Inés, se los muestra al Conde con demostraciones de alegría.)

BARON. ¡Bravo, bravo!
(Luis se levanta.)
No hay que asustarse, chiquillos.
Gozamos el Conde y yo
en veros así, tan íntimos,
tan amartelados...

INÉS. ¡Padre!

BARON. ¡Pues, eso es! el ruborcito
de ordenanza.
(A Luis.)
¡Vamos, hombre!
¡Bien se ve que eres novicio!
¡Alza esa frente! ¿Qué temes?

CONDE. *(Acercándose á Luis, y mirando luego alternativamente á él y á Inés con aire observador.)*
Dame un abrazo, sobrino.
¡Qué largos son tus paseos!

LUIS. Sí, ya sé que lo he tenido
inquieto á usted; que perdone
espero.

BARON. ¡Bah!... No hay vestigios
ya de temor, ni de enojos
en nadie; todos henchidos
de júbilo, de entusiasmo!...
¿Con que ha de ser por lo visto

la boda esta noche?

LUIS. Inés...

INÉS. Don Luis podrá decidirlo.
(Llevándose aparte al Baron, y mientras Luis é Inés vuelven á aproximarse y hablan en voz baja, haciendo entender por sus ademanes que él renueva sus súplicas de la escena anterior, y que ella se niega á ser la que rompa el compromiso.)

CONDE. *(Baja al Baron.)*
Pero en la duda...

BARON. ¡Qué duda!
Plutarco ni Tito Livio
no habláran con mas razon
que él me habló.

CONDE. *(Bajo al Baron con viveza.)*
Mas diga, amigo,
¿mencionó flores?

BARON. No tal.

CONDE. ¿Ni usted tampoco le dijo
nada de ellas?

BARON. ¡Yo! ¿á qué fin?

CONDE. Es que ahí está el precipicio:
las flores son su manía.

BARON. Usted sueña.
(A Luis é Inés, metiéndose por medio de los dos.)
Conque, hijitos,
la bendicion esta noche...
¿No es verdad?

CONDE. *(A Luis.)*
Nos convenimos
todos, en que se retarde
el enlace apetecido,
si la salud de esta dama
le pide tal sacrificio.

BARON. ¡Si está ya mas rozagante
que nunca! Yo garantizo...

CONDE. A ellos toca el resolver,
y yo, Baron, me anticipo
á decir, que pues los veo
vacilantes é indecisos,
desde luego mejor fuera
que se aplazára...

BARON. No atino
por qué razon debe hacerse.
Hablad vosotros... ¡prontito!
¿Qué quereis? ¿qué deseais?

INÉS. Ya dije á usted, que suscribo
á lo que opine don Luis.

LUIS. Y yo, que á Inés me remito.
Hoy ó mañana es igual
para mí.

INÉS. Pienso lo mismo:
si ha de ser, no importa el cuándo.

BARON. Pues entonces, yo decido
la cuestion por lo mas pronto.
(A Luis.)
¿Lo apruebas?

INÉS. *(Suspirando.)*
No contradigo.

BARON. *(A Inés.)*
¿Y tú?

INÉS. *(Suspirando.)*
Callo resignada.

BARON. ¡Conde! ya usted los ha oido,
y condesciende sin duda...

CONDE. Si ellos quieren, no replico.

BARON. ¡Eh, pues! ¡abraza á tu esposa!

LUIS. Pero...

INÉS. *(Ap. apoyándose en Beatriz.)*
¡Esto mas!

BARON. ¡Vé, Luisito!
abraza y firme... ¿Qué esperas?
Lo consiento, lo autorizo.

LUIS. Obedezco... ¡Ah!!
(En el momento en que Luis se adelanta para acercarse á Inés, que se halla algo desviada hácia la derecha, aparece Flora por la izquierda, á espaldas del Conde. Luis, que al ir abrazar á su futura dirije á su tio una mirada de angustia, ve á Flora y lanza un grito: ella corre velozmente y se entra en la glorieta haciéndole un gracioso gesto de amenaza: él se para turbado sin llegar á Inés, con los ojos fijos en la glorieta.)

BARON. ¿Qué le pasa?

CONDE. (*Llegándose á él.*)
¡Luis!

BARON. ¿Acaso te has torcido
un pié?

CONDE. ¿Qué miras?
(*Siguiendo con sus ojos la direccion de los de Luis.*)

LUIS. Yo... nada...

CONDE. ¡Nada!

LUIS. No... en efecto; miro...
pero no es nada... una flor...

CONDE. }
BARON. } ¡Una flor!...

LUIS. (*Turbado y sin saber qué decir.*)
¡Pues!... de improviso
me acordé que esta mañana
al verla, tuve el designio
de presentársela á Inés...
y avergonzóme el olvido
de aquel propósito.

CONDE. (*Aparte.*)
¡Siempre
las flores!

BARON. (*Al Conde.*)
¡Qué escrupulillo
de amante!...
(*A Luis.*)
Pues llega, corta,
y hazle la ofrenda á tu ídolo,
que la distraccion pasada
perdona á tu amor contrito.
(*Luis, siempre mirando á la glorieta, corta la primer flor que encuentra, que es una lis, y se la presenta á Inés.*)

CONDE. (*Aparte.*)
¡Esas flores!...

BARON. Es el novio
mas amante y derretido
que vi nunca.

LUIS. (*A Inés, al presentarle la flor..*)
Ruego á usted...

INÉS. (*Que al ver la flor retrocede con espanto.*)
¡Aparta!...¡aparta! ¡oh vestiglo!...

¡Siempre!.. ¡siempre!.. ¡No, perezca!
¡Soy inocente!... ¡yo espiro!
(*Cae desmayada.*)

BARON. ¡Hija!

LUIS. ¡Cielos!

CONDE. ¡Desmayada!

BEATRIZ. Como un tronco. ¡Dios bendito!
Si en ella causan las flores
vapores y parasismos.

CONDE. ¡Las flores!

BEATRIZ. Solo su nombre
basta á sacarla de quicio.

BARON. ¡Es posible!

CONDE. ¡Cosa estraña!

BEATRIZ. Tiene espasmos convulsivos
siempre que las vé.

BARON. Si hubiera
tal circunstancia sabido...
mas vá volviendo... ¡Inés! ¡Hija!

CONDE. (*Aparte.*)
¡Señor! esto es inaudito,

BEATRIZ. (*Dándole á oler un pomo.*)
Con esta sal de Inglaterra...
siempre la traigo conmigo
para un lance.

INÉS. ¡Ah!!

BARON. Ya respira.

BEATRIZ. ¡Hija!

BARON. ¡Inesita! ¡Cariño!

INÉS. ¿En dónde estoy?...

BARON. En mis brazos.

BEATRIZ. Con tu Beatriz.

INÉS. Necesito
aire... me falta el aliento...
tuve un sueño...

BEATRIZ. (*Interrumpiéndola con viveza.*)
Sueño ha sido:
no hables mas!

BARON. Darla reposo.

BEATRIZ. ¡Conde! preste usted su auxilio
para llevarla á su cuarto.

LUIS. Yo tambien...

BEATRIZ. (*Rechazándolo.*)

No, no es preciso.
Entre el Conde y yo...

CONDE. Inesita,
mi brazo le ofrece arrimo.
Apóyese usted...

BARON. ¡Llevadla!
yo, con este reumatismo,
no tengo, y mas si me asusto,
ni las fuerzas de un mosquito.
(Se llevan á Inés entre el Conde y Beatriz.)

ESCENA IX.

BARON.—LUIS.—*Luego* JUAN.—TOMASA.—CRIADO 1.° *y* CRIADO 2.°

LUIS. *(Aparte.)*
O ella es loca de remate,
ó nada de esto me esplico.

BARON. ¡Malditas las flores sean!
Como yo hubiera previsto...
pero ni una ha de quedar
con vida en estos dominios.
(Llamando.)
¡Antonio! ¡Pablo!
(Aparte.)
¿Qué intenta?

BARON. ¡Eh! ¡Tomasa! ¡Juan! ¡Benito!

JUAN. *(Viniendo, y en pos suya los criados.)*
¿Llama el amo?

TOMASA. *(Saliendo de la casa.)*
¿Qué ha pasado?

BARON. ¡Escuchad todos! yo intimo
sentencia de muerte...

JUAN. *(Retrocediendo.)*
¡Muerte!

BARON. Contra esos seres dañinos
que flores tienen por nombre.
Quede al punto destruido
este jardin.

JUAN. ¡Santo Dios!

BARON. Que ni un resto, ni un vestigio

encuentren aquí mis ojos
de que tal cosa ha existido!
(*Se entra en la casa.*)

ESCENA X.

Los mismos, menos EL BARON.—*Luego* FLORA.

(*Toda esta escena es muy viva.*)

JUAN. Pero las probes...
TOMASA. Nos toca
obedecer, pues servimos.
JUAN. ¡Mis flores!!.. ¡ay!!.. ¡qué soponcio!
TOMASA. El amo manda.
JUAN. (*Llorando.*)
No impido...
pero...
CRIA. 1.° ¡Eh! manos á la obra.
CRIA. 2.° ¡A ellas, pues!
(*Van á arrancar las plantas, y Flora sale de pronto de la glorieta, y los detiene con su ademan.*)
FLORA. ¡No lo permito!
¡Atrás todos!
JUAN. (*Con tono plañidero.*)
¡Flora!
TOMASA. (*Con tono de reconvencion.*)
¡Niña!
LUIS. (*Aparte.*)
Yo á este impulso no resisto!
CRIA. 1.° ¡Nada me tiene! Obedencia
es mi aquel.
CRIA. 2.° Me encuentro listo.
(*Vuelven á avanzar hácia las flores.*)
FLORA. ¡Tened! ¡lo mando!... ¡lo ruego!
Tened por Dios!
TOMASA. (*Sujetándola.*)
¡Loca!
FLORA. (*Luchando por desasirse de Tomasa.*)
¡Impios!
Al arrancar la postrera

oireis mi postrer suspiro!
CRIA. 1.° ¡Qué niñada!
JUAN. (*Sollozando.*)
¡Ay!
TOMASA. Que se haga
lo que el señor ha prescrito.
LUIS. ¡Flora!
FLORA. (*Que se suelta de los brazos de Tomasa y vá á arrojarse entre las flores.*)
¡Mi tumba serán,
como antes mi cuna han sido!
LUIS. (*Corriendo á defenderla.*)
¡Tened! ni una hoja se arranque.
TOMASA. Señor don Luis...
LUIS. ¡Lo prohibo!
CRIA. 1.° El amo las condenó...
JUAN. ¡Yo las defiendo y las libro
de su sentencia tirana,
pues mi amor son y mi hechizo!
FLORA. (*Con regocijo y entusiasmo.*)
¡Él nos ama! ¡él nos defiende!
¡ahora, al mundo desafio!
LUIS. ¡Flora!
FLORA. (*Bajando al proscenio, y dirigiéndose á las flores que hay á uno y otro lado.*)
¡Nardos! ¡dalias! ¡rosas!
¡claveles! ¡violetas! ¡lírios!
¡Él es nuestro!
(*Se echa en los brazos de Luis.*)
LUIS. (*Trasportado.*)
¡Para siempre!
TOMASA. ¡El novio de Inés!...
JUAN. ¡Ay Cristo!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala de la casa de campo donde pasa el drama, amueblada con elegante sencillez. Puertas laterales y al fondo. Comienza á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

CONDE.—BARON.

(*El primero está sentado junto á un velador, en actitud pensativa: el otro de pié junto á él.*)

BARON. Vamos, Conde! no hay motivo
para una pena tan grave.
CONDE. (*Sin dejar su actitud.*)
Para usted todo es pequeño.
BARON. Y para usted todo es grande.
Que Inés solo al ver las flores
se atribule, se desmaye,
y declarándose enferma
la alcoba y el lecho guarde;
que por contrario capricho
á Luis las flores le agraden
tanto, que como usted dice,
pronunciara mil dislates
encareciendo su afecto;

no es por Dios causa bastante
para que usted de tal modo
se acongoje, se anonade.

CONDE. Pero ¿es posible, Baron,
que usted de capricho trate
lo que ha visto? ¿Que aun despues
de lo que pasó esta tarde,
juzgue estraña mi tristeza
y exagerado me llame?

BARON. ¿Pues qué quiere usted?... ¿que piense,
que divulgue en todas partes
que están locos?

CONDE. Dios me libre
de querer que usted ni nadie
tan gran desgracia divulgue:
pero es fuerza que me pasme
de que asi la desconozca
aunque la mire y la palpe.

BARON. No palpo tal. ¡Voto á brios!
Me hallo de eso muy distante.
Yo sé que mi hija es muy cuerda:
que tiene en todo su esmalte
la claridad de su juicio.
Lo creo, y no hay quien me aparte
de tan fundada creencia.

CONDE. Guárdela usted si le place,
pero no intente infundirme
esa fé tan inmutable.

BARON. Diga usted, Conde, ¿no advierte
que es absurda, estravagante
su opinion? Pudo de pronto
al anunciarla, turbarme
de tal modo, que no viese
que era aquel amargo lance
sospechoso, inverosimil;
mas luego...

CONDE. (*Impaciente.*)
Bien, Baron, guarde
su tranquila confianza.

BARON. ¿No fuera cosa chocante
que en los dos, al mismo tiempo,
sin motivo fracasase
la razon?

CONDE. (*Levantándose.*)
No es lo mas raro
la circunstancia notable
que usted indica: lo inaudito,
lo que casi me persuade
de que existe un maleficio,
es que en ambos se declare
la misma estraña manía,
aunque se advierta contraste
en la impresion que les causa.
BARON. ¿Las flores?...
CONDE. Duda no cabe.
BARON. Vamos, Conde, no persista
en querer atribularme
con sus tristes aprensiones,
que es muy posible le engañen.
En cuanto á Luis, no me atrevo
á decir, sin mas exámen,
lo que es cierto y lo que es falsó;
pero salgo aquí garante
de la razon de mi hija,
y no hay para que asociarme
á la desgracia de usted,
si aquella efectiva sale.
CONDE. Si usted me fuerza á decirle
la verdad...
BARON. Sin temor hable.
CONDE. Pudiera acaso ofenderle,
y afligirle.
BARON. Nada calle.
CONDE. Pues bien, Baron, esa boda
que á usted tanto le complace,
y que yo propio creia
fausta, acertada, loable,
era para èl pobre Luis,
que no es amado, ni amante
de Inés, atroz sacrificio,
que con interno combate
ha agitado su razon,
hasta dar con ella al traste.
Pero respecto de Inés
sepa usted, si no lo sabe,
que no es nuevo su infortunio.

BARON. ¡Cómo!
CONDE. En Valencia se esparcen
rumores que lo acreditan
de antiguo.
BARON. Pues es infame,
inícua, torpe calumnia.
CONDE. Así lo pensé yo antes.
BARON. Y yo lo afirmo ahora y siempre.
pues aunque ausente me hallase,
no hubo palabra de Inés,
ni accion insignificante,
que no fuera conocida
de mí. Si, Conde; es en balde
que por amenguar su mérito
necias patrañas levanten,
pues me consta que ha tenido
muy íntegras, muy cabales,
en todo tiempo y sazon
sus preciosas facultades.
CONDE. No me opongo.
BARON. Si acontece,
(y de ello el cielo me salve!)
si acontece que un trastorno
de sus órganos mentales
se patentice algun dia,
tenga usted por indudable
que en esta casa funesta
comenzó, Conde, y que nace,
como usted mismo lo ha dicho,
de un maleficio execrable
cuyo instrumento visible
las flores son.
CONDE. (*Aparte.*) ¡Pobre padre!
BARON. De tal verdad convencido
la órden dí de que se arrase
el jardin: de que no queden
ni reliquias, ni señales
de esas maléficas yerbas,
¡Oh! me son tan repugnantes
desde hoy, me son tan odiosas,
que por no verlas delante
de mis ojos, capaz fuera...
¡capaz, Conde, de marcharme

à hundirme allá entre los hielos
de los círculos polares!

ESCENA II.

Los mismos.—JUAN.

(*Juan entra sin ser visto de los dos interlocutores de la escena anterior, y escucha desde el fondo.*)

CONDE. Es usted muy estremoso.
BARON. Y no hay miedo que me ablande.
¡No mas flores! ¡no mas flores!
¡que del suelo se descuajen
para siempre!
JUAN. (*Aparte.*) ¡Dios bendito!
BARON. ¡Son unos seres fatales!
Ya à estas horas no habrá una
con vida.
JUAN. (*Aparte.*) ¡Virgen del Cármen!
¿Cómo decirle?
BARON. Ahora mismo
voy à mandar que preparen
una hoguera, en que las quemen
todas juntas, dando al aire,
despues de que hayan ardido,
sus pavesas humeantes.
(*Al volverse vé à Juan.*)
JUAN. ¡Ay!
BARON. ¡Juan! à buen tiempo llegas,
JUAN. (*Aparte.*)
A muy malo.
BARON. ¡Escucha!
JUAN. (*Acercándose con timidez.*)
Mande
Usia...
BARON. Préndase fuego
en las plantas que arrancaste.
hasta volverlas cenizas.
¡Vé à ejecutarlo! no tardes.
CONDE. (*Aparte.*)
¡Vaya un remedio !

BARON. (*Con enojo á Juan.*)
Qué esperas?
JUAN. Nada, señor... no se enfade:
mas es el caso que todo
se halla lo mesmo, tocante
al jardin: nada arranqué.
BARON. ¡Imbécil! pues no escuchaste
mi mandato?
JUAN. Su mandato
fué que todo se arrasase;
mas es el caso que Usía...
y en esto por Dios repare,
si bien aquello me dijo,
tambien me ordenó denantes
que el respeuto y la obedencia
naide á su yerno negase.
BARON. Pero ¿qué tiene que ver?..
JUAN. Si no me deja que acabe...
BARON. Acaba con mil demonios,
ó que ellos contigo carguen.
JUAN. (*Santigüándose.*)
¡Jesus María!
CONDE. Ven, Juan,
esplícanos, sin ambajes,
por qué la órden no cumpliste,
y qué vínculo, qué enlace
hay entre eso y mi sobrino.
JUAN. Si que lo haré, Dios mediante.
CONDE. Habla pues.
BARON. Pronto y clarito.
JUAN. Pues hablo y digo que atañe
á la órden que dió primero
el que á la otra órden se falte,
pues como dijo don Luis
que á las flores no tocase
naide, porque eran su amor,
y que daria su sangre
por ellas...
(*El Conde y el Baron se miran.*)
BARON. ¡Conde!
CONDE. ¿Mas pruebas
quiere usted?
BARON. ¡Dios nos ampare!

JUAN. Allá queda en el jardin,
muy resoluto y muy jáque,
preparado á defenderlas
de todos, y á todo trance;
pues como él dice que...

CONDE. Basta.

BARON. Vé, Juan, dile que descanse:
que la sentencia revoco.
(*Al Conde bajo.*)
¿Quién contradice á un orate?

JUAN. Voy corriendo.

CONDE. Y le dirás
tambien, si accede á escucharte,
que aqui le espera su tio,
que le llama y quiere hablarle.

JUAN. Bien está.
(*Aparte.*)
Dios no premita
que el don Luis por disculparse
nombre á la chica.

BARON. ¿Aun nò has ido?

JUAN. Sí señor.
(*Aparte al irse.*)
Ya está con llave
por mí mujer encerrada;
y pronto, que chille ó rabie,
la llevo á cas de la Bruna
hasta que el otro se marche.

ESCENA III.

BARON.—CONDE.

CONDE. ¡Ay Baron!

BARON. ¡Ay Conde!

CONDE. Creo
que usté ó yo somos culpables
de algun horrendo delito,
que hoy quiere Dios que se pague.

BARON. ¿Quién podia imaginar
que causaran daños tales
esas efímeras yerbas,

lujo inútil de los valles?

CONDE. En mal hora aquí vinimos.

BARON. ¿Pero estará de remate
el pobre Luis?

CONDE. ¡Dios no quiera!

BARON. Pues vá á venir, Conde, abarque,
mida usted todo el abismo
del mal; que acaso se alcance
algun remedio; yo voy
á ver á mi hija al instante;
que en lo que antes observé
no quiero, amigo, fiarme.
Dios piadoso! no me quites
la esperanza vacilante
que aun me resta!

CONDE. Vaya usted,
y pese bien los quilates
de la razon que examina.
Acaso calmada la halle;
mas no por eso, Baron,
cual cierto su triunfo cante,
que en ese mal hay momentos
de lucidez admirable.
Déle usted por la manía
y es muy fácil que desbarre
al punto.

BARON. Conde, yo espero
en Dios, que saldrá triunfante
de la prueba, y que al volver
aquí, ya no habrá celajes
en mi alma; ya no habrá dudas
que la existencia me amarguen.

CONDE. Así sea.

BARON. *(Al irse.)*
¡Mi hija loca!
¡Caiga este techo y me aplaste
si tal desdicha he de ver,
ó el suelo se abra y me trague!

ESCENA IV.

CONDE.

¡La desgracia es, en efecto,
estraña, enorme, espantable!
El mismo infierno parece
que la engendró y que la aplaude.
Yo estoy absorto, aturdido...
todas mis fuerzas se abaten.
(*Se sienta en un sofá ó sillon, y apoya la cabeza sobre una mano.*)

ESCENA V.

CONDE.—FLORA.

(*Flora aparece á espaldas del Conde, y habla al principio sin verlo.*)

FLORA. ¡Victoria! logré escaparme:
ahora que grite Tomasa,
mi Luis se hospeda en la casa
y hallará donde ocultarme.
Me arrancaron de sus brazos,
mas de él estoy satisfecha,
y por hablarle deshecha...
firmes son ya nuestros lazos!
Quiero buscarle... no está
ni en esta, ni en la otra sala...
(*El Conde suspira, y Flora, que se ha aproximado á él sin verlo, dice:*)
¿quién ese suspiro exhala?...
¡un hombre!... sí! ¡Lo hallé ya!
(*Le toca en el hombro al Conde, que tiene inclinada la cabeza, y que la levanta y se incorpora sorprendido.*)
¡Luis!... No es él...
(*Retrocede al encontrarse frente á frente con el Conde.*)

CONDE. (*Aparte mirándola con sorpresa.*)
Rara hermosura!
(*A ella.*)
Bella niña... ¿busca usted
á alguien?
FLORA. (*Con timidez.*)
Si... me hará merced
si me indica...
CONDE. Por ventura
el Luis que nombró al llegar,
será tal vez mi sobrino?
FLORA. (*Con alegría.*)
¡Qué escucho! ¡fausto destino!
¡y yo que me iba á marchar
medrosa!... ¿con que eres tio
de Luis? Al verte esa cara
tan séria, quién lo pensara?
Pero ya no me desvio.
Al contrario te querré,
porque es razon que asi sea,
tanto como á él.
CONDE. (*Aparte.*)
¡Me tutea!
su franqueza imitaré.
(*A ella.*)
¿Con que es Luis tu conocido?
FLORA. ¡Vaya! ¡pues no lo seria!
CONDE. Disimula... no sabia...
FLORA. ¡Pues si es mi amigo querido!
CONDE. ¿Desde cuando esa amistad
comenzó, puedo saber?
FLORA. (*Con gravedad.*)
Desde hoy al amanecer.
CONDE. ¡Respetable antigüedad!
FLORA. Juró ser mi compañero.
CONDE. No era amargo el compromiso.
FLORA. (*En ademan de irse.*)
Con que ya ves que es preciso
que le busque: hablarle quiero.
CONDE. Cerca de aqui vivirás
sin duda?
FLORA. ¿Yo?... soy de casa.
CONDE. ¡Cómo!

FLORA. Sí; pero se pasa
una semana, y aun mas,
sin que deje la glorieta
del jardin; pues no me agrada
estarme aqui fastidiada,
y por Tomasa sujeta.
CONDE. Aunque tal hija no cuadre
á un rústico, el jardinero
es tu padre á lo que infiero.
FLORA. Te engañas: nací sin padre.
CONDE. ¡Cómo sin padre!
FLORA. Soy Flora.
CONDE. Será acaso ese tu nombre,
pero... por fuerza hubo un hombre
que te dió vida: en buen hora,
pues debe orgulloso estar.
FLORA. (*Riéndose.*)
¡Vaya! ¡Qué sarta de errores!
Si son mis madres las flores
¿qué padre puedo nombrar?
CONDE. ¡Las flores!
FLORA. Si hay padre mio,
cual dices tú debe haber,
el sol lo debe de ser...
ó el céfiro, ó el rocio...
CONDE. (*Aparte.*)
¡Vamos! ¡Vamos! Se me cae
una venda... ya comprendo...
FLORA. (*Que mira hácia el fondo.*)
No viene Luis:
(*Al Conde.*) voy sintiendo
enojos... ¿Quién lo distrae
lejos de mí?
CONDE. No lo sé.
FLORA. ¡Pero cuánto tarda! ¡Cuánto!
(*Va á mirar por un lado y otro.*)
CONDE. (*Aparte.*)
¡Él no es loco! No lo es tanto
al menos como pensé.
¡Esta pobre criatura
sí que lo está de remate!
FLORA. (*Volviendo.*)
Pues como mas se dilate...

CONDE. (*Mirándola compasivo.*)
¡Que lástima de hermosura!
FLORA. ¡No viene! ¡Y si en tanto sabe
Tomasa que me escapé
del encierro... ay de mí!
CONDE. ¡Qué!
(*Con interés.*)
¿Te encierran?
FLORA. ¡Con doble llave!
CONDE. ¡Infeliz!...
(*Aparte.*)
¿Si tendrá accesos
de furor?
FLORA. Blasa la puerta
me abrió, mas cuando lo advierta
Tomasa, hará mil escesos.
¡Y ya ves! Fuera gracioso
que yo estuviera encerrada,
estando ya desposada,
y hallándose aquí mi esposo.
CONDE. ¿Quién es él?
FLORA. ¡Luis! Claro está.
CONDE. ¡Cierto!
FLORA. Salvó nuestra vida
y yo le amo agradecida,
porque es obligacion ya.
Hombres malos le obligaban
á que diera á su despecho
á otra mujer, el derecho
de amarle, y nos condenaban
á nosotras á la muerte;
pero él dijo con valor:
—¡Todos atrás! Son mi amor!—
Y se cambió nuestra suerte.
CONDE. Estás hablando en plural.
¿Sois muchas?
FLORA. ¡Muchas!
CONDE. Y todas
tuvieron como tú bodas?
alegan derecho igual?
FLORA. ¿A qué cosa?
CONDE. A ser amadas
de Luis.

FLORA. ¡Todas!
CONDE. (*Riéndose.*)
Quién creyera
que tal poligámia hubiera
bajo este techo!
FLORA. Me enfadas
con esa risa burlona.
CONDE. (*Aparte.*)
Es archi-loca!... Me escita
llanto y risa... ¡Pobrecita!
FLORA. ¿Piensas que miento?
CONDE. Perdona...
te presto completa fé.
FLORA. Eso sí: mas tu sobrino
no viene, y yo determino
buscarle do quier que esté.
¡Si él se olvida de nosotras
tan fácilmente!...
CONDE. ¡No tal!
acaso á fuer de leal
ahora acompañe *á las otras.*
FLORA. Dices bien: sí que estará
con ellas: corro al jardin.
CONDE. Mas dime ántes, serafin,
¿están *las otras* allá?
FLORA. Pues en donde?
CONDE. Yo ignoraba...
FLORA. Las hay muy raras, muy lindas!
CONDE. Me pasma que tu prescindas...
una rival nunca alaba.
FLORA. Yo las amo con furor!
CONDE. ¡Eso es grandeza de alma!
FLORA. Mi Luis se lleva la palma
sobre ellas.
CONDE. Sublime amor!
FLORA. (*Con entusiasmo, y como si al describir las flores las viese delante.*)
Hay anémonas, mosquetas,
camelias pintadas, rojas,
jazmines de dobles hojas,
pensamientos y violetas.
Se mece la francesilla
en faz del humilde acanto,

ESCENA VI.

CONDE.—TOMASA, *que despues se va, y solo aparece en la escena para traer luces, porque ya habrá oscurecido.*

CONDE. ¡Pobre niña!... será hija
tal vez de la jardinera.
TOMASA. (*Entrando con las luces.*)
Buenas noches.
CONDE. Muy felices.
(*Aparte: mirando á Tomasa con piedad.*)
Si es su madre, hablarle de ella,
y de su estraña locura,
fuera acrecentar su pena.
(*Tomasa se retira: el Conde se sienta.*)
Dicen que un loco hace cien:
ya estoy mirando la prueba...
y no á cien, á mil podria
trastornarles la chaveta
esa chica encantadora...
Pero qué estraña demencia!...
¿Será posible que Luis
se persuada?... mas él llega.

ESCENA VII.

CONDE.—LUIS.

LUIS. Me han dicho que usted me llama.
CONDE. ¡Hombre, sí! con ánsia acerba
verte, hablarte he deseado;
y aunque en este instante amengua
la inquietud que me agitaba
cierto encuentro y conferencia
que en esta sala he tenido,
todavia me interesa
mucho, el que espliques tú propio
la conducta estraña, necia,
que estás observando.
LUIS. ¿Yo?...

y el tricolor amaranto
junto á la luz maravilla.
Con la blanca tuberosa
se enlaza la ardiente dália,
y el áureo lírio de Italia
con la bengálica rosa!
De la nocturna silena
se alza al par el girasol,
y el purpurado ababol
junto á la nívea azucena!
En fin, allí verás tú,
con la rosa alejandrina
los claveles de la China
y heliotropos del Perú!

CONDE. ¿Con que *las otras* son flores?
FLORA. ¡Claro!
CONDE. Las suegras dichosas
son entonces, que no esposas
de Luis.
FLORA. Sus tiernos amores
somos todas: mas ya ves
que no vuelve...
TOMASA. (*Dentro.*)
Luces, Blasa!
FLORA. ¡Ay Dios! ¡que viene Tomasa!...
pero yo apelo á mis piés.
CONDE. ¡Aguarda! yo te defiendo.
FLORA. Es que de tí no me fio.
CONDE. ¿Cómo no, si soy su tio?
FLORA. ¡Ya estoy sus pasos oyendo!
CONDE. Atiende!
FLORA. No puede ser,
porque si llega me atrapa.
CONDE. Pero...
FLORA. ¡Suelta!
(*Huye.*)
CONDE. ¡Se me escapa!
FLORA. (*Al salir.*)
Nos volveremos á ver.

CONDE. Prescindiendo de la ausencia
tan larga de esta mañana,
y de otras muchas rarezas,
¿quieres decirme á qué viene
la predileccion que ostentas
por las flores? ¿con qué objeto,
desmandado en casa agena,
su paladin te declaras
y estorbas que se obedezca
al que ordenó destruirlas?
Discúlpate, si es que aciertas!
LUIS. Conde, no niego que estoy
dando muestras de simpleza
y estravagancia: no niego
que puede pensar cualquiera
que soy un tonto, ó un loco.
CONDE. Jurára por mi conciencia
lo segundo, hace un momento,
y aun no sé...
LUIS. No; mi cabeza
gracias á Dios está sana;
mas no mi pecho, que incendia
un amor, que apenas nace
cuando ya déspota reina.
¡Tio! adoro á una deidad.
CONDE. ¡A una loca!
LUIS. ¡Qué blasfemia!
Si no se trata de Inés...
CONDE. Lo sé.
LUIS. ¡Si usted conociera
á mi objeto idolatrado!
A Flora!...
CONDE. Acabo de verla.
LUIS. ¡Usted!
CONDE. La he visto... y *oido*!
LUIS. ¡Pues bien! ¿qué dice, qué piensa
de esa divina hermosura;
de esa virginea pureza?
CONDE. Que es lástima que se escape
cuando Tomasa la encierra.
¡Luis! que admires el encanto
de una hermosura halagüeña,
no soy severo censor

que muy á mal te lo tenga..,
ni aun el dia de tu boda,
que á fé no es poca indulgencia.
Pero que esa pobre niña,
tan insensata cual bella,
te fascine, te trastorne
hasta el punto de que puedas
decir y hacer necedades,
faltando á las conveniencias
sociales... no hallo disculpa,
y quiero ver la que alegas.

LUIS. Usted llama insensatez
al candor, á la inocencia,
que mas me encantan en Flora
que su angélica belleza.

CONDE. ¿Y es candidez el que abrigue
la pretension estupenda
de ser hija de las flores?

LUIS. La infeliz no halla en la tierra
seres tan puros y hermosos,
ni que mas se le parezcan.
Y como ignora su orígen
y una caricia materna
no ha recibido jamás...
en fin, como impresa lleva,
cual sello que darla quiso
la misma naturaleza,
aquella flor misteriosa...

CONDE. (*Levantándose.*)
¿Qué sello, qué flor es esa?

LUIS. ¡Ah! con que no sabe usted...
Pues quiero, Conde, que entienda
que es la historia de esa niña
tan misteriosa y poética,
que no es posible otra igual
en fantástica leyenda.
Le diré cuanto he sabido:
verá usted qué coincidencias
tan raras...

CONDE. Vamos adentro
porque alguno aqui se acerca.
(*Llevándose á Luis.*)
A esta alcoba... es la nodriza.

(*Aparece Beatriz.*)

LUIS. ¡Uf! me encocora esa vieja.

ESCENA VIII.

BEATRIZ.—*Despues* TOMASA.

BEATRIZ. Porque me han visto se marchan...
no haya miedo que me ofenda:
me adivinan el deseo.
Buscar á Tomasa es fuerza
y salir de estas congojas.
Tal parece que penetra
la maldita mis temores,
y en prolongarlos se empeña.
Pues dejo á Inés con su padre,
que este instante no se pierda.
Bajo al cuarto de Tomasa,
y si no está...

TOMASA. (*Entrando por otra puerta de la que para salir tomaba Beatriz.*)
¡Qué perversa!
¡Se escapó! ¿Dónde habrá ido?

BEATRIZ. ¡Tomasa!

TOMASA. ¡Beatriz! ¡Qué perla
es la niña!...

BEATRIZ. ¡Chist!

TOMASA. Decia...

BEATRIZ. Baja la voz. Mi impaciencia
por hablarte era muy grande:
pero secreto, cautela
en todo: existen motivos
poderosos.

TOMASA. Por mi lengua
nadie sabrá...

BEATRIZ. Bien me consta
tu consumada prudencia.

TOMASA. Puedes estar muy tranquila,
pues sabiendo que no peca
por muy reservado Juan,
procuré que ni aun sospechas
de la verdad concibiese.

BEATRIZ. ¿Con que él no sabe?...
TOMASA. Ni sueña
en saber: como es así,
tan inocenton... tan bestia,
por esplicarme mas claro;
logré que se persuadiera
de que las flores le daban
aquel fruto.
BEATRIZ. Mas no creas
que tragar pudo...
TOMASA. Sí tal!
se la tragó como breva.
BEATRIZ. Pero al ver que recibias
una pension...
TOMASA. ¡Bueno fuera
que á sus narices llegára!
¡Bah! no soy tan inesperta.
Tus regalos, prima mia,
son de mi bolsa secreta.
¡Pues si él es mas maniroto!...
Ademas, que la reserva
que exijiste...
BEATRIZ. Sí, Tomasa,
y hoy mas te la recomienda
tu Beatriz agradecida.
TOMASA. Motivos tengo de quejas;
mas no por eso...
BEATRIZ. Yo espero
que has de quedar satisfecha.
Pero tratemos de cosas
mas urgentes y mas sérias:
los instantes son preciosos.
TOMASA. Tú querrás saber?...
BEATRIZ. ¿Qué es de ella?
¿Dónde está?
TOMASA. ¡Toma! en la casa
sin duda.
BEATRIZ. (*Con ansiedad.*)
¿En qué casa?
TOMASA. En esta.
BEATRIZ. ¡En esta! ¡Cielos! ¿qué has dicho?
TOMASA. La encerré; pero es traviesa
como ella sola, y logró...

BEATRIZ. Todas las carnes me tiemblan.
¡En esta casa! ¡Dios mio!
TOMASA. ¿Temes tal vez?...
BEATRIZ. ¡Yo estoy muerta!
TOMASA. ¡Pardiez! motivo no veo;
tu secreto no se arriesga
estando en mi pecho, y... ¡vamos!
que no eres tú la primera
que haya tenido un desliz...
BEATRIZ. Desgracias graves, inmensas,
ocurrir pueden, Tomasa,
si al punto no lo remedias.
¡Desaparezca esa niña!
TOMASA. Pero...
BEATRIZ. ¡Sí! Desapareza
sin dilacion! ¡Esta noche!
TOMASA. ¿Cómo, Beatriz?
BEATRIZ. Busca, inventa
un medio; pero es preciso
hallarlo: ¡no permanezca
bajo este techo!
TOMASA. Me asustas!...
¿Es por don Luis?...
BEATRIZ. Yace envuelta
en un misterio espantoso
de esa niña la existencia.
TOMASA. ¿No es tu hija?
BEATRIZ. ¡Lo es del infierno!
TOMASA. ¡Santa Vírgen!
BEATRIZ. Como puedas
de aqui alejarla, no importa
el modo... apruebo cualquiera
que propongas.
TOMASA. Yo abrigaba,
antes de hoy, la mala idea
de vengarme de tu olvido,
haciendo que no volvieras
á verla.
BEATRIZ. (*Con viveza.*)
¿Y cómo pensabas
lograrlo? ¿De qué manera?
TOMASA. Muy fácilmente: mas sabe
que la cosa es como suena;

que si el plan se verifica,
jamás volverás á verla.

Beatriz. ¡Ah Tomasa! ¡Ese es mi anhelo!
Separacion larga... eterna!
¡Que nunca este aire respire!
¡Que nunca á este suelo vuelva!

Tomasa. Pues entonces no hay que hablar:
descansa; la cosa es hecha.
Cuando espese mas su manto
la noche, que ya comienza,
la fragata de Beltran,
la *Tisbe*, se da á la vela...

Beatriz. ¿Y qué?

Tomasa. ¿No lo has entendido?

Beatriz. Ese Beltran...

Tomasa. Se la lleva,
la muda el nombre, y jamás...

Beatriz. ¡Ah! ¡Sí, tu idea es soberbia!
¿Pero él querrá?...

Tomasa. Lo propuso
él mismo; ternura estrema
tiene por Flora: adoptarla
promete...

Beatriz. ¡No te detengas!
Ves y entrégasela al punto,
con la condicion espresa
de que nadie, en ningun tiempo,
aun cuando tú misma seas,
alcanzará á descubrir
el paraje de la tierra
en que oculte para siempre
á esa criatura funesta!

Tomasa. La hallaré pronto; á estas horas
jamás de casa se aleja.
Yo misma iré á conducirla,
tus inquietudes sosiega;
y cuando oigas que á distancia
un cañonazo resuena,
sabe que ya va tu Flora
navegando para América.

Beatriz. (*Dándole un bolsillo.*)
Por si ocurriese algun gasto...

Tomasa. (*Tomándolo.*)

Nunca daña: adios.

BEATRIZ. Presteza!

(*Se vá Tomasa.*)

ESCENA IX.

BEATRIZ.

Respiro en fin: se dilata
mi corazon!... Recompensa
tendrá Tomasa muy grande:
cuanta permita mi hacienda.
Salen el Conde y don Luis...
mostremos frente serena.

ESCENA X.

EL CONDE.—LUIS.—BEATRIZ.

(*El Conde sale distraido y preocupado: apenas atiende á lo que le dice Luis.*)

LUIS. Sí, tio, sí...
(*Aparte.*) Permanece
aquí esta vieja!...

BEATRIZ. (*Acercándosele.*)
Muy buena
la noche empieza, muy clara
y apacible: su influencia
á Inés será ventajosa:
disipará su jaqueca.
Sin esas flores malditas...

LUIS. (*Con sequedad.*)
Vaya al lado de la enferma.

BEATRIZ. La encuentro muy aliviada:
espero que cuando venga
el vicario...

LUIS. (*Impaciente.*)
Sí; no hay duda.
Déle usted mi enhorabuena.

BEATRIZ. *(Resentida.)*
Obedezco...
(Aparte al irse.)
¡Vaya un novio
amable!... Ya no me peta.
(Vase.)

ESCENA XI.

CONDE.—LUIS.

LUIS. Pues sí, Conde, yo no puedo
mi palabra retirar;
mas no me quiero casar...
ni avanzo, ni retrocedo.
En esto usted me metió;
sálveme usted como quiera,
pues es en vano si espera
que sepa salvarme yo.
Tirarme un pistoletazo
es cuanto alcanzo á idear,
si usted no me ha de sacar
de tan terrible embarazo.
CONDE. ¡Hombre! ¡Cálmate por Dios!
La boda será aplazada,
y despues desbaratada,
puesto lo anhelais los dos.
¿Con que es una flor de lis
la que Flora tiene impresa?
LUIS. ¡Perfectísima! Ya es esa
mi flor predilecta.
CONDE. Luis...
no hay que ceder imprudente
á una impresion pasajera.
LUIS. Morirá cuando yo muera
la que hoy mi corazon siente!
CONDE. A cada nuevo capricho
la eternidad se le endosa
á tu edad: mas no hay tal cosa.
LUIS. Lo que creo es lo que he dicho.
CONDE. Pues es falsa la creencia;
y crimen negro sería

pagase tu error de un dia,
de esa niña la inocencia.
La bella edad como espuma
se desvanece, mas queda,
sin que nadie huirla pueda,
la conciencia, que nos suma
con tremenda exactitud,
cuantas lágrimas costaron
los deleites que volaron
con la loca juventud.

LUIS. Antes que turbar de Flora
la existencia grata y pura,
renunciará á la ventura
mi corazon, que la adora.

CONDE. (*Como consigo mismo.*)
¿La flor de lis?

LUIS. Solo anhelo
mi libertad, mi albedrío...
sálveme, pues, caro tio,
y el premio le guarde el cielo.
En esas manos me pongo;
míreme usted compasivo:
á fuer de humilde cautivo
nada hago, nada dispongo...
pero aguardo, aguardo ansioso
que usted mis grillos quebrante,
pues tanto cual fino amante
soy sobrino respetuoso.
Si una jamona doncella
por consorte me dan hoy...

CONDE. ¡Vienen!...

LUIS. ¡Mi suegro! me voy....
¡Líbreme usté de él, y de ella!

ESCENA XII.

CONDE.—BARON.

CONDE. (*Aparte, pensativo.*)
¡Una flor de lis!...

BARON. ¡Ay Conde!
Estoy muerto! ¡Soy perdido!

CONDE. Amigo; ¿qué ha sucedido?
BARON. Por mí este duelo responde.
Usted la razon tenia;
usted dijo la verdad...
¡Qué horrenda fatalidad!
¡Qué negra estrella la mia!
CONDE. Inés...
BARON. ¡Ay! ¡No queda duda!
¡Ya ha entregado la patente!
CONDE. ¿Con que?...
BARON. ¡Demente!... demente!
CONDE. ¡Padre infeliz!
BARON. No está muda
por desgracia... ¡habló sobrado!
CONDE. ¿Y mostró claro?...
BARON. ¡Ay de mí!
si aquello ya es frenesí!
trémulo salgo, espantado.
Grita que siempre delante
tiene aquella infausta flor
que el lis produjo en mal hora...
CONDE. ¿El lis?...
BARON. Y se agita y llora,
mostrando acerbo dolor.
CONDE. ¿La flor de lis?... ¡Siempre ella!
Siempre esa misma!...
(Golpeando su frente con la mano.)
Y yo aquí
la tengo tambien... sí! sí!...
¡La veo encarnada y bella!...
(El Baron mira al Conde espantado.)
¿Cuándo?... ¿dónde?... ¡no lo sé!...
guardo un recuerdo confuso...
Esa flor... ¿quién me la puso
aquí?...
(Golpeándose en la frente de nuevo.)
porque está... ¡sí, á fé!
BARON. *(Retrocediendo azorado.)*
¿Qué es esto?...
CONDE. ¡Tantos han sido
de aquella edad borrascosa
los recuerdos!... pero es cosa
que no ha tragado el olvido

completamente.—Aunque vaga,
oscura, aquí la hallo impresa...
y era esa flor... ¡esa! esa!

BARON. (*Aparte.*)
¡Jesus divino! qué plaga
nos cae... ¡El Conde tambien!

CONDE. (*Cada vez mas preocupado.*)
¿En qué ha jugado esa flor?...

BARON. ¡Solo yo falto, señor!
¡piedad de mí! ¡piedad ten!

CONDE. (*Acercándose al Baron que le huye medroso.*)
Baron, oiga usted...

BARON. Si... vuelvo...
(*Aparte.*)
Este debe ser furioso.

CONDE. ¡Qué recuerdo tenebroso!

BARON. (*Aparte.*)
Huir de esta casa resuelvo
sin demora; el maleficio
ya es patente: ¡cielos santos!
que yo al menos entre tantos
logre escaparme con juicio!
(*Se vá corriendo.*)

ESCENA XIII.

CONDE.—*Luego* INÉS.—BEATRIZ.

CONDE. Esa flor hizo un papel
en mi vida de mancebo...
y casi á decir me atrevo
que debe haber mucha hiel
en esa historia...

INÉS. (*Dentro.*)
¡Beatriz,
déjame!...

CONDE. ¡Inés!...

BEATRIZ. ¡Tente!

INÉS. ¡No!
con don Luis he de hablar yo.
(*Sale Inés á la escena, desmelenada, el rostro desencajado y desordenado el vestido.*)

BEATRIZ. ¡Qué vas á hacer, infeliz!
CONDE. (*Llegándose á Inés.*)
Señora...
INÉS. ¡Ah Conde!... ¿es usted?...
Yo buscaba á su sobrino...
porque decir determino
á él, y á todos...
BEATRIZ. (*A Inés en tono suplicante.*)
¡Por merced!
INÉS. No puedo sufrir ya mas;
harto he callado por tí!...
El cielo ordena que aquí
rompa el silencio...
BEATRIZ. (*Bajo á Inés.*)
·Jamás!
CONDE. (*Acercándole una silla.*)
Sosiéguese usted: yo anhelo
complacerla en cuanto mande:
pero su emocion es grande
en este momento.
INÉS. (*Sentándose toda trémula.*)
¡Oh cielo!
¡Si es tan amarga, tan triste
la historia que á contar voy!
BEATRIZ. (*Al Conde, bajo.*)
No está en su acuerdo.
INÉS. (*Que la oye.*)
¡Sí estoy!
(*Con tono solemne.*)
¡Conde!
(*Poniéndose una mano sobre el corazon.*)
Aquí un secreto existe.
Cuando mi mano otorgué
al que cual padre le mira,
puedo decir sin mentira
que lo hice, porque no hallé
en mi vida dolorosa
falta que la desluciera,
y que á mis ojos me hiciera
indigna de ser su esposa.
Si no le amaba, ni amor
á él tampoco le pedia,
de su aprecio me creia

merecedora en mi error.

BEATRIZ. Inés...

CONDE. (*Desviando á Beatriz.*)
¡Aparta!
(*A Inés.*)
Prosiga
usted, señora, con calma.
(*Se sienta á su lado.*)

INÉS. Llevaba siempre en el alma
una memoria, enemiga
de mi reposo.

BEATRIZ. (*Aparte.*)
¡Qué empeño!

INÉS. (*Con agitacion creciente.*)
Y recatarla pensaba
de quien mi padre me daba
por compañero, por dueño.
De mi inocencia segura
un delito no creia
aquella reserva mia,
pero Dios, desde su altura
la juzgó de otra manera,
y aquí dispuso que Luis
dos veces la flor de lis
ante mi vista ofreciera!

CONDE. (*Con interés muy vivo.*)
¡La flor de lis!...

INÉS. En su pecho
la ostentaba esta mañana;
y esta tarde...

BEATRIZ. ¡Cesa, insana!

INÉS. Esta tarde á mi despecho
me la presentó el impío,
de su amor por triste ofrenda...
¡Oh! la impresion fué tremenda,
mas comprendí el deber mio.

CONDE. (*Vivamente.*)
¿Aquella flor?

INÉS. Su atencion
présteme, Conde, un momento.

CONDE. Hable usted: la escucho atento.
(*Aparte.*)
¿Por qué tiemblas, corazon?

INÉS. Desde muy niña vivía
siempre en retiro profundo,
y muy agena del mundo,
en Castellon con mi tia.

CONDE. ¡En Castellon!....

INÉS. Allá era
donde el invierno pasaba,
y en donde me fastidiaba
de una vida triste, austera;
mas en la bella estacion
se calmaban mis pesares.
A cien pasos del Mijares
una hermosa posesion
conservó siempre mi tia,
y durante los calores
allí, á vivir con las flores
que era la delicia mia,
acostumbraba llevarme,
y entonces me contemplaba
tan dichosa, que no hallaba
con quien poder compararme.

CONDE. (*Con interés y agitacion.*)
¡Prosiga usted!

INÉS. Del jardin
yo propia quise cuidar;
y era todo mi anhelar
que de uno al otro confin
de la tierra, no existiera
planta peregrina y rara,
que en mi verjel no se hallara
y tributo me rindiera.
Pero entre todas tenia
mayor lugar en mi afecto,
el lis... ¡que fué el predilecto
siempre tambien de mi tia!
Cuando su primer capullo
abrió la planta funesta,
fué dia en casa de fiesta,
y yo con gozo y orgullo
en mi cabello hice alarde
del tesoro que obtenia,
y á ostentar fuí mi ufanía
por el campo aquella tarde.

(El semblante y gestos del Conde revelan los recuerdos que el relato de Inés despierta en su mente.)

CONDE. Era una tarde?...

INÉS. En el rio
me contemplaba serena;
cuando de pronto resuena
cercano un tiro.

CONDE. ¡Dios mio!

INÉS. Al márgen puesta de hinojos
yo en las aguas me miraba,
y á mi flor acariciaba...

BEATRIZ. ¡Cesa!

INÉS. Y al alzar los ojos,
asustada por el tiro,
me hallo al frente un cazador...
¡luego, al bajarlos, mi flor
envuelta en las ondas miro!

CONDE. ¡Sí! ¡sí!,...

INÉS. La veo impelida
por la impetuosa corriente,
y fascinada, demente,
de un vértigo poseida,
queriendo asirla, me inclino
con ímpetu y caigo al agua...
¡por tan leves medios fragua
nuestra desdicha el destino!

CONDE. ¡Basta!

BEATRIZ. ¡Inés!

INÉS. No sé nadar...
por la corriente arrastrada
debí morir ahogada...
¡mas no me quiso otorgar
tan grande ventura Dios!
El mismo que causa fué
de mi susto, caer me vé
y se arroja de mí en pos,
logrando en breve sacarme
á la orilla; mas ¡ay! tanto
aun era, Conde, mi espanto,
que apenas llegué á mirarme
en tierra, y en el momento
en que él gritó:—¡Salva estás!

Ya no pude entender mas...
quedé sin conocimiento.

CONDE. (*Se cubre la cara con las manos.*)
¡Oh Dios!

BEATRIZ. (*Bajo á Inés.*)
¡Hija! ¡Por tu honor!....

INÉS. (*Sin atender ni á lo que le dice Beatriz, ni al dolor y la vergüenza que manifiesta el Conde.*)
Cuando el sentido cobré
bajo de un árbol me hallé,
¡sola!.... ¡sola!
(*Se levanta con la mirada estraviada y todo su aspecto casi de delirio. El Conde se levanta tambien.*)
Mas la flor
sobre mi seno yacía,
y en ella estaba grabada,
y patente á mi mirada
línea fatal, que decía:
»Consérvala por recuerdo
»de mi rápida ventura...

CONDE. (*Como si quisiera huir de sí mismo.*)
¡Ah!!

BEATRIZ. ¡No es cierto! ¡Qué locura!

INÉS. (*Casi delirante y con pavura.*)
¡Y nunca de vista pierdo
desde aquel funesto instante
aquel recuerdo infernal!
¡Siempre aquel rio fatal
me lo está echando delante!....
(*Como si la viera ante sus ojos.*)
¡Y gira la flor maldita,
y veo entre mil congojas
que va ostentando en sus hojas
mi eterna deshonra escrita!

CONDE. ¡Inés! ¡Inés!....

BEATRIZ. ¡Desdichada!

INÉS. No la disipa la luz,
ni de la noche el capuz
logra dejarla eclipsada.
El huir de ella es vano empeño;
nada durmiendo consigo;
la tengo siempre conmigo

en la vigilia y el sueño!
(Tocando su frente.)
Aquí sus hojas se imprimen,
y cual las guarda mi mente
las tuvo el fruto inocente
de aquel espantoso crímen!

CONDE. *(Con estrema agitacion.)*
¿Qué?... ¿Qué?...

INÉS. *(Con acento desgarrador y entre lágrimas.)*
La hija infeliz
que un solo beso alcanzó
de su madre, y que murió
en los brazos de Beatriz;
cual signo de desventura,
en su cútis blanco y bello
sacó al nacer aquel sello,
que llevó á la sepultura!

CONDE. ¡Te engañaron, Inés!

INÉS. ¡Qué!..

CONDE. ¡Sí! ¡Te engañaron! ¡No ha muerto!

INÉS. ¿Mi hija?..

CONDE. ¡Vive!

INÉS. ¿Vive?

BEATRIZ. ¡Cierto!
¡Mas perdon! Yo te engañé
á tu tia obedeciendo.

INÉS. ¿Mi hija vive!

CONDE. ¡Y está aquí!
¡Bajo este techo!

INÉS. ¡Dios mio!

CONDE. ¡El dispone justo y pio,
que la recibas de mí!
¡La vas al punto á abrazar!

INÉS. ¡Ah!
(El Conde vá á salir precipitado, y suena en el mismo instante el cañonazo.)

BEATRIZ. *(Muy alto.)*
¡Ya es tarde, señor Conde!

INÉS. ¡Tarde!

CONDE. ¿Qué has dicho? ¡Responde!
(Volviendo y llegándose á Beatriz con estrema agitacion.)

BEATRIZ. Que ya nos llega á anunciar

aquel ronco cañonazo...
INÉS. (*Con ansiedad creciente.*)
¿Qué?
CONDE. ¿Qué?
BEATRIZ. Por salvar tu honor
lo dispuse, y con dolor
ahora, Inés, tus piés abrazo.
(*Se echa á los piés de Inés.*)
INÉS. ¡Oh! ¡cada acento me mata!
CONDE. ¡Pronto la verdad pronuncia!
INÉS. El cañonazo ¿qué anuncia?
BEATRIZ. Que surca el mar la fragata,
que á la que abrazar deseas
vá á lanzar á playa ignota...
INÉS. ¡Ah!... ya mi cáliz se agota...
¡Yo espiro!...
CONDE. ¡Maldita seas!
(*Inés se deja caer en la silla que antes ocupó: el Conde acude á sostenerla, rechazando á Beatriz que acudia, al mismo tiempo que él, al socorro de Inés, y pronuncia la maldicion que termina la escena. Inés llora amargamente en los brazos del Conde que la sostienen.*)

ESCENA XIV.

Los mismos.—BARON.—TOMASA.

BARON. (*Que entrá sofocado.*)
¡Déjame!
TOMASA. Justicia pido.
BARON. ¡Esto mas!
TOMASA. ¡Demanda entablo!
BARON. ¡Que no te llevára el diablo!
TOMASA. Mi hija con don Luis ha huido.
(*A estas palabras de Tomasa, el Conde presta atencion con un movimiento muy vivo.*)

Al Cabañal la llevaba,
y él al camino salió
y airado me la robó.
CONDE. ¡Oh Inés! ¡al Eterno alaba!
INÉS. ¡Qué?...
(Se levanta.)

ESCENA XV.

Los mismos.—LUIS.—FLORA.

LUIS. *(Dentro todavía.)*
No temas: nuestros lazos
eternos son desde ahora.
(Entra con Flora.)
CONDE. *(Corriendo á él.)*
¡Luis!
LUIS. ¡Conde, mi esposa es Flora!
CONDE. *(Arrojándola en brazos de Inés.)*
¡Vé de tu madre á los brazos!
INÉS. ¡Ah!
LUIS. ¡Su madre!
TOMASA. Absorta estoy.
FLORA. ¡Mi madre!
INÉS. *(Que busca y halla la flor de lis impresa en el hombro de Flora.)*
¡La veo!... ¡es ella!
¡La flor!... ¡mi hija!... ¡mi hija bella!
(La abraza y la besa con alegría delirante.)
CONDE. *(Aparte.)*
Desde este instante otro soy.
FLORA. *(Aparte á Inés que la acaricia.)*
¡Oh! ¡qué hermosa!...
LUIS. ¡Fausta noche!
BARON. *(Que está á la derecha algo desviado del grupo que forman los demas.)*
¡Señor! ¿no habrá quien los ate?
¡Todos lo están... de remate!

ESCENA XVI.

Los mismos.—JUAN *por el fondo.*

LUIS. Llegó el vicario en su coche.
BARON. Para completar la fiesta
eso faltaba.
CONDE. Que entre!
BARON. ¿Para qué? ¿para que encuentre?...
CONDE. ¡La capilla está dispuesta!
BARON. ¿Pero á quién ha de casar?
CONDE. Como obtenga su perdon,
al Conde de Mondragon
con doña Inés de Povar.
(Se arrodilla delante de Inés.)
INÉS. *(Retrocediendo y mirando al Conde con espanto.)*
¡Dios!
CONDE. Si demanda á tus piés
un criminal tal ventura,
no por él, por su hija pura,
(Acercando á Flora á su madre.)
acoge su ruego, Inés!
INÉS. *(Abrazando á su hija.)*
¡Ah!
BARON. *(Aparte.)*
¡Ya pasa de locura!
LUIS. ¿No es sueño?
INÉS. ¡Oh hija querida!
(Inés parece vacilar un momento, y luego dice)
¡Llega á tu padre!
(El Conde se levanta y abraza á Flora.)
CONDE. ¡Ah!
JUAN. ¡Su padre!
FLORA. *(Entre el Conde é Inés, que la acarician.)*
¿Con que tengo padre y madre?
CONDE. Y esposo, luz de mi vida!
(Señalando á Luis, que está á su izquierda.)
BARON. *(Aparte.)*
Te darán cuanto les cuadre.
CONDE. ¡Hija!... ¡esposa!...
JUAN. *(Aparte.)* Yo estoy tonto.

INÉS. ¡Dios mis pesares compensa!
BARON. Si de aqui no escapo pronto,
el contagio... ¡mas lo afronto!
FLORA. (*Con emocion.*)
Aunque es mi ventura inmensa
por tal familia alcanzar,
¡padre! ¡madre! el corazon
en su eterna agitacion
como que siente un pesar...
(*Movimiento de inquietud del Conde y de Inés.*)
porque mis flores, ¿qué son?
¿qué son, caro Luis, mis flores?...
(*A estas palabras de Flora Juan corre y entra en una alcoba, de la que sale con una cesta llena de flores.*)
LUIS. Disipa, mi bien, tu pena,
que ellas forman la cadena
de nuestros tiernos amores.
JUAN. ¡Aqui hay una cesta llena!
Para adorno del altar
esta tarde las cojí;
¡pero te las riego aqui,
que otras mil puedo cortar!
(*Echa las flores á los piés de Flora.*)
FLORA. (*Con entusiasmo.*)
¡Sí, Juan! ¡espárcelas! ¡sí!
y que esa alfombra se estienda
¡oh padre! ¡oh madre querida!
embalsamando la senda
de vuestra apacible vida!
CONDE. ¡Flora!
LUIS. ¡Amor!
INÉS. Mi dulce prenda!...
(*La besa.*)
¡Oh padre! la bendicion
déle á su nieta inocente.
(*Los tres se acercan al baron: Flora en medio.*)
CONDE. Y perdone á un delincuente
en un amigo, Baron.
BARON. (*Aparte.*)
¡No sé lo que el alma siente!
(*A ellos con emocion.*)
Perdono con mil amores...

y bendigo si eso es poco...
JUAN. ¡Viva la hija de las flores!!
FLORA. (*Acariciando al Baron.*)
¡Y su abuelito!
BARON. (*Que parece luchar en vano contra el ascendiente de aquella caricia, y que mira á Flora embelesado y vacilante.)*
¡Ay señores!...
¡Me declaro tambien loco!
(*Abraza á Flora y cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 15 de Setiembre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.



haques de siglo actual.
ı Hidalgo aragones.
Verdadero hombre de bien.
Esclava de su galan.
cado y expiacion.
ortuna te dé Dios, hijo!
se venga quien bien ama.
Estudiantina.
Escala de la Fortuna.
ıor con amor se paga.
pas y sombreros.
lides dobles de amor.
Buen Santiago.
es tarde!
cuarto con dos alcobas.
que es el mundo!
lo se queda en casa.
sde Toledo à Madrid.
Rey de los Primos.
Caverna invisible.
ıcn bien te quiera te hará llorar.
ica-enreda.
quezas y Desengaños.
Amistad ó las tres épocas.
Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

dichas de Timoteo.
luna de miel.
Ente como hay muchos.
nelio Nepote.
Pretendientes del dia.
dos amores.
ıdas del alma.
o, ó el Princ. de Montecresta.
diez de la noche.
Congreso de Jitanos.
Preceptor y su mujer.
Ley Sàlica.
Casamiento por hambre.
es que todo el honor.
Divorcio!
Hija del misterio.
Cucas.
ónimo el albañil.
ia y Felipe.

EN UN ACTO.

De fuera vendrá.....
Juan el Tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado à muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridiculos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece à la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte à pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
El don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos à dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar à tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdio.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa!
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para p
y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la ESPAÑA DRAMÁTICA, se hace la reb
de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se ha
la rebaja de 20 por 100.

El CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Lop
Vega, núm. 26.